

## PRESENTACIÓN

Pongo en sus manos una reflexión sencilla sobre el evangelio de Jesús. Ella es fruto de oración y reflejo de contactos profundos con muchas personas que quieren servir a su Señor y vivir de su Palabra.

Es interesante constatar que buena parte de la enseñanza de Jesús a sus discípulos la hizo por medio de preguntas. A ellos, que eran rudos pescadores, les enseñó, mediante interrogantes simples, a plantearse los verdaderos problemas: “¿Quién es tu prójimo?”, “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si después se pierde a sí mismo?”, “¿Por qué lloras?”, “¿Qué buscáis?”... Preguntas sencillas que tienen perenne actualidad.

Estas y otras interrogantes nos llevan al fondo de nosotros mismos y nos obligan a buscar nuestra verdad. Una vez más, constatamos que los problemas se resuelven mejor si se plantean correctamente las preguntas.

Enseñar preguntando tiene la ventaja de ayudarnos a buscar en lo mejor de nosotros la respuesta y a construir el Evangelio prestándole nuestra propia vida.

Aprender a preguntarse es signo de madurez. Ello permite romper las falsas seguridades, tomar distancia de uno mismo y descubrir la hondura que tenemos.

Hay personas que rechazan buscar razones... y ciertamente no se interesan por las preguntas últimas. Viven... sólo viven. Cuestionarse y sobre todo preocuparse por las ultimidades les parece, a menudo, un modo de escapar a la verdad presente. Trabajan, corren y se afanan sintiendo que lo único real es la agitación. Dicen que el hombre moderno no tiene tiempo para perderse en sutilezas.

Preguntarse por el fin de la marcha les parece que es un modo de huir. Y para no huir de lo “real”, en realidad huyen de la “verdad”.

El hombre de estos días que en muchos aspectos ha logrado progresos increíbles, con frecuencia ha perdido el rumbo de su senda. No quiere levantar la cabeza para mirar adónde va el camino... ni siquiera se atreve a preguntarse qué es lo que en el fondo anda buscando. Una y otra vez, afirma que esas cosas no le interesan. Pero esa pregunta, aunque se acalle, sigue resonando en lo más hondo de todos los proyectos humanos. Oculta bajo mil costras hay una sed intensa de sentido... y tarde o temprano el hombre volverá a la fuente que puede dar respuestas a esa inquietud.

¿Cómo despertarnos de la actual modorra?

El hombre moderno que va al supermercado, ha dejado de comprar prendas hechas a medida, allí todo es estándar... Sin embargo, esa uniformidad no le deja tranquilo. El ser humano no quiere para su propia vida respuestas hechas en serie. Sobre todo los jóvenes quieren construir su existencia desde su libertad. Por eso es tan atractivo plantearse las preguntas que nos hace Jesús. El Señor nos ofrece a cada uno un camino que queremos aprender a recorrer.

En estas páginas comentaremos las preguntas de Cristo... pero ahora dirigidas a nosotros. Para responderlas será, tal vez, necesario abrir el corazón con la actitud del niño que no teme confesar su ignorancia y su gran necesidad. Desde San Pablo, Orígenes y los Santos Padres ha habido este tipo de interpretación espiritual del Evangelio. Ella de algún modo complementa el estudio erudito que es, por cierto, necesario, pero que a muchos resulta alejado de su vida.

Este texto sirve para la oración personal y para compartir en reuniones de comunidad. Déjelo resonar calladamente en usted, sin olvidar que lo más importante es la pregunta misma de Jesús.

Le aconsejo no leer más de una pregunta cada vez. Ellas no están escritas para ser leídas de corrido.

Estas líneas son una invitación para que Ud. responda a estas interrogantes desde la verdad más honda de su existencia.

Fernando Montes, S.J.

PRIMERA PARTE

LAS PREGUNTAS DE JESÚS

## ¿QUÉ BUSCÁIS? (Juan 1,38)

Jesús al comenzar su ministerio, quiso responder a los más profundos anhelos humanos.

Yendo solo por las márgenes del río Jordán, Jesús se dio cuenta que dos hombres lo seguían... Sintió tras sus huellas el caminar de unos hombres que añoraban algo. Era la humanidad en búsqueda, En esos pasos resonaba la larga marcha de Israel por los desiertos en perseguir la tierra prometida; en esos pasos había un eco de tantos pobres y profetas que esperaban un Mesías.

Presintió que allí había pasta de apóstoles. Volviéndose hacia ellos les preguntó: “¿Qué buscáis?”

Quisiéramos reflexionar sobre esta pregunta primera del Evangelio que tiene validez más allá de la circunstancia en que fue pronunciada. Puede ayudarnos hoy a reorientar nuestras propias marchas.

“¿Qué buscáis?” Detrás de esas palabras, Jesús deseaba saber hacia dónde querían ir esos hombres y por qué abandonaban sus seguridades, por qué dejaban a su antiguo maestro.

Jesús, que en el Evangelio enseñó preguntando, se vuelve hoy también hacia nosotros porque quiere saber tras qué cosas andamos. ¿Qué queremos realmente? En nuestro trabajo, en nuestra familia, cuando vamos a descansar, cuando discutimos de política ¿qué vamos buscando? ¿Vale la pena hacer lo que estamos haciendo? ¿Nuestro caminar nos conduce alguna parte?

El problema no es sólo personal. También lo tiene planteado la sociedad en su conjunto. Qué busca una sociedad, qué metas perseguimos como pueblo... Si queremos desarrollarnos ¿qué progreso, en verdad, nos interesa? Cuando nos imponemos, y mucho más cuando nos imponen sacrificios ¿qué se busca? ¿Cuál era nuestro proyecto real cuando nos impusimos la tarea de volver a la democracia? ¿Queríamos la libertad, la igualdad de oportunidades y derechos, la justicia, la verdad?

Las utopías y los sueños determinan una parte importante de nuestros desvelos. Una sociedad sin metas es una sociedad estancada. Del mismo modo una sociedad que proclama objetivos que en realidad no busca, tarde o temprano quedará cruelmente burlada. Es tarea primordial de los líderes, proponer objetivos y corregir las esperanzas falsas que llevan al fracaso.

El hombre es maestro en esconderse y camuflar sus anhelos. Uno de los primeros frutos del pecado que experimentó Adán fue su necesidad de ocultarse... y Dios le salió al encuentro con una pregunta lacerante que es un llamado a la verdad: “Adán, ¿dónde estás?” (Gen. 3,9) Lo invitó a atreverse a salir del matorral que lo escondía y enfrentar su propia realidad. Las ideologías, las medias verdades, las pasiones humanas hacen muy difícil que el individuo y la sociedad se atrevan a decirse realmente qué andan buscando. Los prejuicios, los intereses de clase, los temores, las tradiciones nos quitan la libertad para escuchar la pregunta de Jesús y para responderla con honradez. “¿Qué buscáis?”...

Uno de los grandes desafíos pedagógicos es enseñar a buscar, a soñar, a ponerse metas que valgan la pena... y a dar la libertad para iniciar la marcha. Lo que uno busca define el camino que se recorre y en cierto modo anuncia lo que uno encontrará. La búsqueda orienta la marcha. Quien nada busca no sólo andará errante, sino que perdido todo rumbo jamás llegará a meta alguna.

Con mil variantes el hombre tiene un camino trazado un “camino real” para su vida. Ese camino lo hizo salir de Dios su creador y lo conduce hasta encontrarse un día con el Rostro del Señor que es padre y fin de todos los desvelos. Si la senda escogida no termina golpeando la puerta de Dios, el ser humano habrá errado su más profunda vocación. Todo lo que el hombre tiene, todo lo que es, todo lo que hace debe afirmar su paso hasta llegar a Dios.

Es bueno tomar conciencia de que si nosotros andamos en búsqueda es porque previamente el Señor anda tras de nosotros como mostró en el Génesis. Es Él quien nos busca con pasión, que quiere encontrarnos... pero ese encuentro nunca será posible si libremente no nos ponemos nosotros en su camino. Dios jamás va a tronchar nuestra libertad.

Es consolador constatar que todos los caminos, por errados que sean, se cruzan algún día con el camino de la Vida verdadera si nos atrevemos a reorientar los pasos. Por eso es bueno hacer resonar en nosotros con honradez la pregunta de Jesús “¿Qué buscáis?”. Nunca es tarde para responder.



“¿Y TÚ QUE ERES MAESTRO EN ISRAEL NO SABES ESTAS COSAS?”  
(Juan 3, 10)

Hemos dedicado parte importante de la vida a aprender. Hicimos grandes sacrificios para acrecentar nuestros saberes.

¡Cuántas horas de estudio! ¡Cuántas vigiliass! ¡Cuántos exámenes y pruebas tuvimos que rendir! Y de todo esto ¿qué ha quedado?. Muchos de los versos que aprendimos se olvidaron y tal vez ya no somos capaces de repetir la lección que nos dieron los maestros. Pero algo de todo aquello se incrustó en lo más hondo de nosotros. Esos conocimientos configuraron en buena parte nuestro ser y nuestro obrar.

Y cuando llegue el momento del arqueo final, ¿qué quedará de todo lo aprendido con tantos padeceres? ¿Habremos asimilado lo que en realidad era importante?

Nicodemo era un hombre notable entre los judíos. Honesto y buscador... era en verdad un maestro. Él había indagado la Escritura y podía explicar, al modo de los sabios de Israel, todos los secretos de la ley. Convencido de que Jesús era un enviado de Dios, de noche, se acercó a Él, porque tenía sed de saber.

El Señor, de un modo incomprensible, lo invitó a nacer de nuevo; le rompió sus certezas; le habló un lenguaje simple que le obligaba a ir de lleno a lo esencial... Y el sabio quedó mudo. El que conocía todo, ignoraba lo más fundamental. “¿Y tú que eres maestro de Israel no sabes estas cosas?” (Jn. 3,10).

Han pasado los años y la pregunta de Jesús resuena para nosotros, hombres del siglo veintiuno, con impresionante actualidad. Aprendimos tantas cosas. La ignorancia se ha batido en retirada en casi todos los dominios. Los profesionales han llegado a grados increíbles de especialización. Para alcanzar sus metas debieron pasar años de esfuerzo y penurias. Pero no ha sido fácil guardar los equilibrios. Nuestra educación hizo crecer, en desmesura, aspectos importantes del saber y dejó en penumbra zonas indispensables para la vida humana. Hay sabios que son sabios tan sólo en una parte de ellos mismos. Espiritualmente jorobados, crecieron sin concierto, desajustando el todo. Nadie les enseñó a rezar, a ser humanos, a ser tiernos, a ser padres o esposos, a repartir su tiempo, a conocer el fin de la aventura,... nadie les enseñó a vivir y a ser felices. Nadie los acercó al fuego del Espíritu.

¿No es razonable entonces hacernos la pregunta de Jesús? Si somos sabios ¿cómo es que ignoramos lo más fundamental?

“¿Tú eres sabio de Israel y no sabes estas cosas?” Tú que has dedicado tanto tiempo a estudiar, finalmente ¿qué sabes de la vida?

Este saber profundo no ocupa lugar, no está vedado a nadie y curiosamente los más pobres, los que más sufren y los débiles pueden llegar a él con más hondura. Este saber rompe las reglas del aprendizaje y puede florecer cuando la memoria ya debilitada deja partir lo estudiado. Cuando las fuerzas van flaqueando, el hombre es capaz de percibir dónde está lo esencial: aquello que debe perdurar. Por eso es importante que todos, incluidos los sacerdotes y los teólogos, nos hagamos la pregunta de Jesús... ¿Tú eres maestro de Israel y no sabes estas cosas?

“¿QUIÉN ME TOCÓ?”  
(Lucas 8, 45)

Jesús iba camino de la casa de Jairo. Centenares de personas se apretujaban en su entorno para poder oír. Casi no podía avanzar por el gentío que lo presionaba por todos lados. Era el barullo que produce la curiosidad y la moda. Muchos querían acercarse al “profeta” para poder contar que lo habían visto, que lo habían tocado. En el lenguaje actual diríamos que todos hubiesen deseado sacarse una fotografía con él o arrancarle un autógrafo... pero curiosamente todos esos hombres fueron incapaces de alcanzar al Señor. Se rozaron con Él; lo apretaron sin llegar a tocarlo. Al Señor se va por otros caminos y de eso se trata la reflexión sobre esta pregunta.

Sólo una mujer se acercó silenciosa y por detrás tocó la orla del manto de Jesús. Iba cargada de humillaciones y de dolor por una enfermedad infamante que la hacía contagiosa e impura ante la ley. En ella no había curiosidad. Había necesidad y confianza. Llevaba años sufriendo. Había acudido a otros inútilmente. Entonces sólo le quedaba Dios. Al extender su mano para tocar el borde del manto del Señor, corrió por ella un flujo de soledad, impotencia y vergüenza que quiso ocultar con el silencio. Eso era ella: un amasijo de ruinas que esperaba en Jesús... y el flujo de su sangre se detuvo. “¿Quién me tocó?”. Mientras la sangre dejaba de manar, del Señor brotó una fuente de gracia, de comprensión y paz.

Jesús percibió que ahí había otra cosa. Alguien de verdad se acercaba a él. Había humanidad y sinceridad. Alguien se atrevía en secreto, a abrirle sus miserias. Alguien se acercaba lleno de necesidades y no tenía otra voz que su total confianza. Ese lenguaje llegó al corazón de Cristo: “¿Quién me tocó?”

Este texto, a su modo, nos enseña sobre el verdadero acceso a Jesús. Los géneros literarios de los exégetas, las tesis más nuevas de cristología, con todo lo necesarias e importantes que sean, son incapaces de tocar la orla del manto y llegar por ahí hasta el corazón de Cristo. Esa mujer no pidió nada, se contentó con establecer un contacto real con Jesucristo desde su verdad humana.

Ante Jesús no hay máscaras porque Él en lo secreto capta nuestro propio secreto. Todo hombre tiene enfermedades que lo hacen sufrir, con frecuencia son más graves las del alma que las del cuerpo pero solemos encubrirlas con títulos, honores, con ciencia vana... con superficialidad. Así no podremos nunca alcanzar a Jesús. Esta mujer anónima, sencilla y sufriente nos enseña un modo de acercarnos al Señor: con confianza, con humildad, silenciosamente, poniendo a su sombra nuestra enfermedad. Con esa actitud aunque esa mujer no hubiese sanado en su cuerpo, habría encontrado su verdadera salvación. A través de esa mano temblorosa, sus penas pasaron a Jesús y se hicieron parte de la cruz redentora. Ese dolor inmenso encontró sentido salvador y darle un sentido al sufrimiento es más importante que curarlo.

Ahora cabe preguntarnos: ¿Cómo nos acercamos al Señor? ¿Desde dónde lo buscamos? Esta mujer con su silencio nos ha abierto una vía. Por ella caminan sobre todo los pobres y los sencillos de corazón.

“¿POR QUÉ HAS DUDADO?”  
(Mateo 14, 31)

Pedro, el primero y principal de los apóstoles, sintió en su propia carne, como muchos hombres, el peso de la duda. Vehemente y apasionado, al reconocer a su Maestro viniendo en las sombras de la noche, pidió marchar sobre las aguas para ir a su encuentro.

En ese entonces, la fe de Pedro era real pero incipiente. Basada en el amor a su Señor, esa fe, porque era débil, necesitaba afianzarse en el prodigio. En última instancia, más que en la palabra de Jesús, fundaba su resistencia en la resistencia de las aguas.

El apóstol marchaba airoso sacudido por el viento y el oleaje. En tal barahúnda sintió miedo. La firmeza de su marcha empezó a ceder; y el agua se fue abriendo lentamente bajo sus pies. Su fe se hundió.

Ante la perspectiva del abismo, carente de todo apoyo y seguridad, Pedro tuvo que volverse definitivamente a Jesús y poner sólo en Él su confianza. Desde el fondo de su duda y su temor gritó: “¡Señor, sálvame!” La duda fue el paso a la fe decisiva. La prueba lo hizo transitar de la confianza, tal vez superficial, en su Maestro, a la fe más honda. Perdiendo sus seguridades descubrió que sin Jesús él se hundía para siempre.

Dudar y hacerse preguntas que tocan las raíces no necesariamente significa que todo se ha acabado... Por el contrario, es esa, a veces, la condición para volverse definitivamente a Dios. Cuando ya no hay apoyo humano, cuando todo parece terminar, el hombre puede tender las manos a su Señor y exclamar: ¡sálvame!

La duda radical puede ayudarnos a descubrir sin embustes, sin adornos, la necesidad absoluta que tenemos de Dios.

El hombre de este siglo que ha visto quebrarse buena parte de sus certezas, tiene mucho que aprender en la duda de Pedro. Él ha sentido, como el apóstol, que bajo sus pies se rompieron muchas seguridades, y que surgen por eso innumerables dudas, temores y preguntas. Para muchos, sin embargo, puede ser ese el camino del reencuentro. Pedro dudó porque no había dado el paso a la entrega total y en el momento último él comprendió que Jesús estaba a su lado dispuesto a tenderle la mano.

La verdadera fe no marcha sobre el agua... se afirma sólo en Dios. Quien duda ha de saber que en su mar no está solo. Quien ha perdido todas sus seguridades, y quien carece de puerto puede volverse en su impotencia al Señor y pedirle que lo salve. Jesús estará siempre esperándolo. “Hombre, ¿por qué has dudado?”

## “¿QUIERES SANARTE?”

(Juan 5, 6)

Jesús hace esta pregunta a un paralítico que llevaba treinta y ocho años junto a la piscina esperando un milagro para poder andar. En tales circunstancias, pudo parecer algo retórico y casi cruel preguntarle a ese hombre si quería recobrar la salud. Sus deseos eran evidentes: él aguardaba con ansias el temblor de las aguas y la ayuda de una mano salvadora.

Pero Jesús sabía lo que hay en el corazón humano. Él conocía en profundidad nuestros extraños modos de proceder.

Curiosamente, entre las cosas raras que tenemos los hombres, está el hecho de que muchos de nosotros, en el fondo del alma, preferimos seguir postrados para siempre antes que levantarnos. Nos cuesta acercarnos a quien pueda ayudarnos. Tenemos miedo de que diagnostiquen nuestro mal; lo negamos, lo ocultamos y permitimos que él siga su avance. Ésa es la constatación de psicólogos, médicos y directores espirituales. Rechazamos poner los medios que nos hacen andar. Sólo queremos aliviar los síntomas; aprender alguna receta fácil... pero dejando en claro que el mal es tan profundo que no tiene remedio.

Esto vale también en las crisis de fe; en los desgarrones que quitan sentido a nuestra vida. Nos encerramos allí, sin buscar las salidas.

Al parecer, nadie quiere sufrir; se diría que todos buscamos la felicidad, pero extrañamente, con frecuencia, ponemos esa felicidad en compadecernos de nosotros mismos o en que los otros se preocupen de nosotros, nos tengan lástima y se nos acerquen.

Parece ser que nos gusta que nos miren con compasión. No es raro encontrar a personas que narran con detalle sus dolencias y que cuentan las incomprendiones y malos tratos que injustamente reciben.

Los rencores, las rabias profundas que nos hieren por dentro, los remordimientos malsanos están agazapados en nuestro interior y se agarran a nosotros como una garrapata... y nosotros nos agarramos a ellos como a nuestra identidad. Ellos nos paralizan como el enfermo de la piscina.

El verdadero mal no está tanto en el dolor físico o en la pena que tengamos, como en el modo como procesamos ese sufrimiento. Todos, tarde o temprano, tenemos que afrontar el dolor; el drama es que algunos preferimos quedar atrapados, paralizados para siempre en el mal.

Eso explica que Jesús, antes de emprender la aventura del milagro y de la fe, nos pregunte “¿Quieres sanarte?”

Para andar, para superar nuestras dolencias es indispensable poner algo de nuestra parte. Todo es gracia pero nada se hace sin la humilde y libre colaboración humana. La vida y la salvación son un regalo, un don de Dios. La misma aceptación de ese don es también un regalo pero supone la colaboración del hombre: “¿Tú quieres sanarte?”

Ante tantas penas, dudas de fe, incomprendiones, faltas de sentido, es necesario hacernos honradamente la pregunta que Jesús formuló al paralítico: “¿Tú quieres sanarte?” ¿Tú quieres levantarte y andar? ¿Tú quieres ayudarte y qué te ayuden? ¿Eres capaz, en verdad, de confiar en los demás y en el Señor? ¿Eres capaz de mirar con honradez la verdadera causa de lo que te pasa? ¿Te atreves a poner los medios eficaces para salir de la parálisis? Si tú no quieres poner, al menos, ese deseo de tu parte, todos tus males son incurables... pero no olvides que el Señor ha venido para invitarte a andar.



“¿CUÁNTOS PANES TENÉIS?”  
(Marcos 6, 38 y 8, 5)

Esta simple pregunta, repetida más de una vez en el Evangelio, abre un camino nuevo para resolver los problemas humanos: “¿Cuántos panes tenéis?”

Largas horas ha andado la muchedumbre detrás de Jesús. La gente desfallece. Empieza a oscurecer. A pesar del desierto, el calor y el cansancio, la muchedumbre, que no tiene pastor, ha estado largo tiempo escuchando al Maestro. Parece que en tales circunstancias el hombre, más que un pan, añora una Palabra... pero el Señor, con ternura se preocupa del hambre de su pueblo (cf. Mc. 8, 2).

Jesús pide a sus discípulos que busquen el modo de alimentar a sus hermanos.

Ellos no dudan en decir al Maestro: “Despídelos para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno y se compren algo de comer. (...) ¿Vamos a comprar nosotros doscientos denarios?”

La solución propuesta por los apóstoles, ante el hambre y el desamparo, es sorprendentemente actual: que cada uno se las arregle como pueda; que acuda al mercado. ¡Cómo si las cosas se arreglaran comprando!

En estas circunstancias, Jesús los sorprende con la pregunta “¿Cuántos panes tenéis?”.

Esta pregunta los saca de su lógica y los invita a compartir lo poco que tienen. Jesús pide una aportación. No importa cuánto sea. Pide que el hombre ponga su parte en la tarea, que participe poniendo su migaja. No importa que sean cinco panes. Dios no quiere hacer solo lo que pueda hacer con el hombre.

Esa tarde todos pudieron comer hasta saciarse y sobró pan. La bendición de Jesús cayó sobre ese gesto de compartir lo que se tiene. En el desierto era difícil desprenderse, ya de noche, del único sustento. El milagro fue hacer fecundo el compartir... y el alimento alcanzó para todos y hubo restos.

El Señor nos necesita... ¿Cuántos panes tenemos? En un mundo que nos enseña a producir, a acumular para hacer viable la economía, el Señor nos invita también al riesgo de entregar a los otros lo que tenemos.

“¿Cuántos panes tenéis?” El Señor quiere que revisemos las alforjas para que pongamos en común lo que hemos recibido y acumulado. Se trata de ofrecer nuestro dinero, nuestra profesión, nuestras cualidades para que otros sacien su hambre.

A menudo, como país, salimos a mendigar a otras latitudes para resolver nuestros problemas. Tal vez tengamos que hacerlo. Pero previamente hemos de preguntarnos cuántos panes tenemos para compartir... quizás nos quedemos sorprendidos al ver que a pesar de la pobreza, nos sobran varias cestas.

Porque el Señor nos necesita, nos vuelve hoy a preguntar: “¿Cuántos panes tenéis?”. Es hora de revisar nuestros haberes.

## “¿QUIÉN ES MI MADRE Y QUIÉNES SON MIS HERMANOS?”

(Mateo 12, 48)

Pocas preguntas de Jesús nos ayudan tanto como ésta a captar el alma del Evangelio. Nos permite conocer en profundidad los criterios que usaba el Maestro para entender al hombre. “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”

Afortunadamente, esta vez conocemos la respuesta del Señor.

Todos sabemos que, dentro de nosotros, tenemos mucho de nuestros padres. Ellos nos han dado la vida; nos han enseñado a rezar; han formado nuestros gustos y nuestro criterio moral. La sangre que llevamos en las venas y la cultura que hemos recibido en casa, nos marcan profundamente. Por eso es normal que cuando deseemos conocer a alguien y ubicarlo en este mundo preguntemos: “¿Quién es su madre y quiénes son sus hermanos?”.

Los que trataron con Jesús, en eso no fueron una excepción. Creían tenerlo plenamente ubicado porque sabían que era hijo del carpintero de Nazaret. Conocían a María y podían señalar a sus parientes. Tal vez sabían, en medio de un pueblo amante de la genealogía, que él era un brote lejano de la rama de Jesé... un descendiente de la familia del viejo rey David.

Curiosamente, con esa mirada superficial, era muy difícil que llegaran a entender de verdad el misterio de María y la raíz de su maternidad. Tampoco podían captar la hondura de Jesús.

Por eso el Señor se alejó de este modo tan tradicional y tan humano de ubicar a una persona. Hizo la pregunta: “¿Quiénes son mi Madre, y quiénes son mis hermanos?” y la contestó de un modo diferente al que estamos acostumbrados. Una vez más. Él nos ha cambiado las perspectivas y cambió nuestro horizonte.

Al contestar a su pregunta, Él nos indica un camino novedoso para entender al hombre y nos enseña simultáneamente el centro del evangelio: “Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (cf. Lc. 8, 21).

Con eso tal vez hacía la mayor alabanza de María. Si tuviésemos que definir lo más central de la vida de Jesús y de su madre, lo que nos hace familiares, no podríamos señalar ni su sangre ni su pobreza ni su disponibilidad ni tantas otras virtudes... Tendríamos que ir a la raíz: ellos en todo momento hicieron la voluntad del Padre. Ahí estuvo su grandeza, su libertad y su más íntima unión.

Hacer la voluntad de Dios es atreverse de veras a ser uno mismo, a realizar el sueño que Dios tuvo al crearnos. Es vivir sin caretas la más radical autenticidad. Es poner el centro de la vida donde debe estar.

María fue elegida para ser madre de Cristo porque ella podía decirle a Dios con toda verdad: “Hágase en mí según tu palabra”. Quien vive haciendo la voluntad de Dios ordena libremente todas las cosas para servir al Señor... y llega a la más total madurez; no es esclavo de nada ni de nadie.

Uno de los problemas del hombre de hoy es que se resiste a centrar su vida en su más profunda vocación... se construye en torno a cosas de la periferia. Se interesa sólo por su profesión, por el éxito, por el dinero, por el trabajo... y fácilmente termina perdiéndose a sí mismo.

¿Qué criterios empleamos para conocer a alguien? ¿Qué pregunta hace un padre, en estos tiempos, cuando quiere conocer al pretendiente de una de sus hijas? ¿Cómo nos definimos a nosotros mismos? ¿Quiénes son mis amigos... mis hermanos?

Han cambiado los tiempos, pocos preguntan ahora por las genealogías... pero nuevos criterios, tal vez más superficiales, sirven para ubicar al hombre. ¿Qué edad tiene? ¿En qué trabaja? ¿Cuáles son sus triunfos? Pocos se preguntan si ese hombre está centrado en aquello que debe perdurar. Vanidad de vanidades... Es hermano de Jesús sólo quien, como él, procura hacer siempre la voluntad de Dios; el que escucha su palabra y la pone en práctica. ¿Podemos de verdad llamarnos nosotros hermanos del Señor?

“¿DÓNDE ESTÁN LOS OTROS NUEVE?”  
(Lucas 17, 11-19)

Diez leprosos han acudido a Jesús pidiendo la salud. Más doloroso que la misma enfermedad es el rechazo que produce este mal. La lepra es una maldición que da terror. Además de carcomer al hombre, destruye sus relaciones y lo aísla... y un ser sin relaciones fácilmente pierde su misma humanidad.

Siguiendo las prescripciones de la ley, los diez enfermos tenían que alejarse y elevar su voz para implorar piedad. El leproso era un ser condenado. Obligado a apartarse de todo el mundo, debía anunciar su presencia pavorosa haciendo sonar un cascabel.

Aquellos pobres hombres estaban contrahechos por una lepra visible producida por el bacilo de Hansen... pero ésa era, tal vez, sólo un símbolo de otra lepra oculta, más grave, más universal y cuyo origen los hombres de este siglo no nos atrevemos a reconocer. Y algo de esa enfermedad la llevamos todos.

Es un hecho que entre nosotros hay mucha soledad. Los hombres nos vamos aislando, nos vamos temiendo, hiriendo y destruyendo. En los negocios, en las oficinas y hasta en la misma familia cada uno construye sus trincheras para afrontar la competencia. Ésta es la lepra de la que necesitamos con urgencia ser curados. Esos enfermos del relato evangélico son una muestra de nuestra pobre humanidad.

Aquellos desdichados, en situación límite y carentes de toda esperanza humana, se acordaron de Jesús y acudieron a Él pidiendo ser sanados. “¡Maestro ten compasión de nosotros!”

A esos diez leprosos que buscaban la salud, Jesús les encargó que hiciesen lo que estaba mandado: que fueran a presentarse al sacerdote. Marcharon todos, llenos de curiosidad, tal vez con pena y desilusionados porque el Señor no hacía con ellos un milagro; sin embargo por el camino, sintieron que sus miembros recuperaban la vida, sus dedos retorcidos volvían a estirarse y su piel cambiaba de color.

En tales circunstancias, sólo uno se acordó de Jesús y regresó a dar gracias. Eso no lo aprendió en la ley. El hombre era un samaritano, nos cuenta el evangelio. Tal vez fue el único que de verdad sanó porque comprendió lo que es la gratitud. Su corazón reseco por la lepra interior, perdió sus costras y renació a la vida. No sintió el agradecimiento del esclavo que genera malsana dependencia; experimentó el reconocimiento humanizante del amigo que acerca y agranda el corazón.

Sólo el sentido de lo gratuito y de la gracia rehace el mundo del espíritu. El que no ha tenido esta experiencia difícilmente podrá entender lo que es la vida humana y mucho menos podrá entender a Dios.

En un mundo de competencia de mercado, de medidas precisas, de eficiencia, qué difícil resulta conservar el sentido del don y el valor de lo gratuito. A todo se le ha puesto hoy un precio. Hasta las obras de arte han dejado de valer por su belleza. Pero lo más importante escapa a esta necesidad de tasación. Lo gratuito por esencia no puede comprarse ni venderse; con el amor, la alegría, la esperanza y la fe no se puede comerciar. La felicidad más honda no está puesta en subasta. Se recibe como un don y se da como un regalo. Supone el paso del mercader al amigo.

Parece, por eso, indispensable educarnos en el sentido de la gracia. Formar el corazón y abrir la conciencia a todos los dones recibidos. Es normal que acudamos a Dios cuando hay problemas, pero nos falta hoy el canto agradecido. Es necesario limpiarse los ojos y reconocer lo que es regalo: la vida, la fe, los bienes de la tierra, la amistad y tantas cosas. Muchos ven con claridad lo que les falta, pero no tienen perspicacia para gozar de aquello que se les ha dado en abundancia.

“¿Dónde están los otros nueve?” Ellos no sabían agradecer y difícilmente pudieron reinsertarse de manera humana en la vida social. Sólo quien transita por esta vida con un sentido de verdadero agradecimiento mira a los demás con ojos limpios; no se siente atacado y para triunfar no cree necesario atacar a los otros; puede sentirse verdadero hijo del Señor y considerar como su hermano a todo el que se le acerque. La inmensa mayoría, exactamente nueve de cada diez, se aleja sin expresar jamás su gratitud. Que el Señor nos ayude a ser como ese hombre de Samaria. Ésa es la clave del cristianismo y de la verdadera felicidad.

“¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”  
(Lucas 18, 41)

Esta pregunta se la hizo el Señor a un hombre que no podía ver. El ciego llevaba tiempo junto al camino de Jericó, hundido en sus tinieblas, aguardando la luz. El desgraciado, al oír el gentío, gritó pidiendo ayuda. Jesús detuvo su marcha y preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”

Nunca en su vida ese hombre había escuchado algo semejante. Ese pobre limosnero no podía imaginar que el Mesías le ofrecería su cercanía... que el Hijo de Dios estaría dispuesto a responder a sus anhelos... que sus oídos aguzados para oír las más leves brisas iban a escuchar la voz del Verbo de la vida que le decía: “¿Qué quieres que haga por ti?”

Con sencillez, ese hombre no pidió riquezas, prestigios ni triunfos; no pidió la honra. Sólo pidió ver.

Sin embargo, detrás de esa palabra está la hondura de la fe. En el Evangelio “ver” es mucho más que mirar con los ojos; sólo “ve” de verdad el que es capaz de vislumbrar el misterio; el que descubre hacia dónde va su vida y dirige hacia allí sus pasos. En realidad sólo “ve” quien en medio de sus trabajos y sus penas descubre a Jesucristo. El que no llega a eso, aunque vea, conserva su ceguera.

Esa misma pregunta de Jesús resuena hoy en el corazón de cada uno de nosotros, porque el evangelio sigue vivo. El Señor es cercano y se interesa por nuestras necesidades y nuestros anhelos: “¿Qué quieres que haga por ti?”.

Es hora de preguntarnos qué queremos pedirle a Dios. Vale la pena reflexionar sobre nuestras peticiones al Señor porque eso manifiesta nuestras necesidades, nuestros valores y tal vez nuestros criterios más profundos. En los momentos de necesidad o de dolor nos volvemos a Dios para pedirle que venga en nuestra ayuda. Desgraciadamente, a menudo sólo se pide dinero, salud o verse privados de un dolor... pero allí no está la llave que permite abrir la puerta de la felicidad y de la Vida.

Si el Señor nos preguntara qué esperamos de él, muchos no sabríamos responder. Sin embargo, curiosamente cada día, con nuestros trabajos y desvelos, consciente o inconscientemente estamos respondiendo a esa pregunta. En realidad, ¿qué andamos buscando es este mundo?

Si en el momento supremo de la vida se nos concediera hacer tan sólo una petición; si en ese momento el Señor me preguntara qué quiero yo de Él, ¿qué me atrevería a pedirle? Tendría que ser algo definitivo, algo que orientara el rumbo de la marcha. No podría ser algo pasajero.

En un momento así, Salomón pidió sabiduría para gobernar a su pueblo.

Cuando Herodes después de la danza seductora, ofreció a Salomé todo cuanto ella deseara, la joven se vio confundida. Entre sus veleidades, no sabía por qué decidirse, su vida estaba sin rumbo y terminó pidiendo la cabeza de Juan el Bautista. Perdió entonces su oportunidad.

No es fácil pedir a Dios lo que realmente necesitamos. Se trata de llegar hasta el fondo de nosotros mismos, de descubrir nuestro anhelo más hondo, de escudriñar en nuestro interior para encontrar lo que da sentido a nuestras vidas; se trata de aclarar qué es lo que constituye nuestra felicidad o qué fracasos nos causan las mayores penas. Ante esa pregunta de Jesús resulta indispensable interrogarnos con mucha honradez: ¿Qué quiero yo en verdad? ¿Qué deseo para los seres que amo? ¿Vale de verdad la pena lo que busco? ¿Qué estoy dispuesto a recibir de Dios?

El ciego de Jericó hizo una petición que agradó a Jesús: “Señor, que vea” A ese hombre sencillo, lo demás se le dio por añadidura.

“¿POR QUÉ ME PREGUNTAS POR LO BUENO?”  
(Mateo 19, 17)

“¿Qué he de hacer yo de bueno para merecer la vida eterna?”

Esta pregunta que le formula un hombre a Jesús denota búsqueda y desconcierto. No es extraño, pues, que Mateo (a diferencia de Marcos y Lucas) agregue que ese hombre era en realidad un joven. Como todos los jóvenes del mundo, andaba por eso buscando su camino. El joven tiene por delante muchas rutas y teme equivocarse su senda. “¿Qué he de hacer yo de bueno?”

El hombre del relato tenía muchos bienes, pero le faltaba tal vez lo principal: a pesar de sus riquezas, no sabía que hacer para alcanzar la vida. “¿Qué he de hacer yo de bueno?”

Ese joven ha intuido que en Jesús existe una bondad radical - sólo Dios es bueno - que puede darle la respuesta definitiva al problema de su vida. Ha percibido que en Jesús hay algo de Dios que puede presentar los verdaderos valores, abrir la verdadera ruta y proponer los verdaderos retos.

Jesús se resiste a darle una receta. “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno?”. Es la extraña respuesta del Maestro. Antes de proponerle soluciones, Jesús quiere ir a lo más hondo del alma de ese hombre.

Antes de dar cualquier respuesta o cualquier consejo, es necesario saber si el hombre está dispuesto a revisar a fondo sus criterios... si está dispuesto a aceptar como bueno lo que el Señor le diga. Se trata de llegar a las raíces de la moralidad. “¿Por qué me preguntas por lo bueno?”

Jesús, tanteando su terreno, le ofrece primero un camino seguro, sin grandes aventuras: “Cumple la ley”. Quédate con lo que está mandado. Marcha a paso tranquilo por tus obligaciones.

Allí todo está claro. Viviendo de la ley conocerás las prohibiciones y las órdenes; no tendrás sobresaltos.

Para el que sólo busca ser fiel a las normas, sólo hace falta un código. Pero el joven necesita verdaderamente algo más; y porque ha intuido en Jesús lo que es bueno, se atreve a pedirle que le indique otro camino. El hombre joven quiere acceder al verdadero cristianismo. Quiere pasar de la mentalidad judeo-farisaica que vive de la ley, al cristianismo que propone el amor.

Entonces, mirándolo con cariño, Jesús se atreve a presentarle su camino: “Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres”; abandona tus seguridades; despójate, atrévete a amar verdaderamente... “ven y sígueme”. Es la invitación a una religión del seguimiento personal y del amor. Es mucho más exigente llega en verdad más lejos, cumple la ley porque ama mucho.

¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? ¿Estás dispuesto a escucharme?

Frente a los grandes problemas que agitan a los jóvenes de hoy: el sentido de su vida, su sexualidad y tantas otras cosas, Jesús les pregunta - y nos pregunta a todos - si estamos dispuestos a creerle a él, si estamos dispuestos a revisar nuestros criterios acerca de lo que es bueno, si estamos dispuestos a afinar nuestro espíritu para tener un mismo corazón con Él.

Él no nos propone en primer lugar una prohibición, ni siquiera una ley... Nos invita a una decisión, a una aventura, a un riesgo: a atrevernos a ser como Él y compartir con Él la vida: “Ven y sígueme”.

Ante un problema tan candente como el del uso de los bienes o frente al problema de la sexualidad, Jesús no se limita a proponer un mandamiento. El evangelio ha hecho santos no porque coarta sino porque agranda el corazón y el ideal. Es un modo distinto de enfrentar los grandes desafíos. No se trata de ensanchar la manga o de agrandar la puerta... se trata de agrandar el corazón. Es una vida nueva.

Es éste, tal vez, el mayor desafío para la Iglesia: si quieres ser perfecto, si quieres realizar tu vocación de hombre, déjalo todo, ven y sígueme. Pedir menos es quedarse para siempre sin entender el Evangelio. Es volver insípida la sal y esconder cobardemente la luz del candelero.

“¿SI LA SAL PIERDE SU SABOR ¿CON QUÉ SE LA SALARÁ?”  
(Mateo 5, 13)

Al hombre le gusta contemplar al fuego y el mar en movimiento. Allí no tiene sitio la rutina; hay siempre novedad. A nadie se le oculta que con el tiempo, los más altos ideales, los mayores amores, los más fuertes entusiasmos corren el riesgo de perder su vigor. Sin darnos cuenta, ellos empiezan a morirse en nosotros y con ellos, poco a poco, somos nosotros mismos los que morimos. Curiosamente, nuestro ocaso interior no es sólo cosa nuestra. La pérdida puede afectar a otros. La sal se va desvaneciendo... “Y si la sal pierde su sabor, ¿Con qué se la salará?”

Detrás de esta simple pregunta de Jesús está en juego la calidad de nuestra vida y el valor de nuestro testimonio... por eso vale la pena preguntarnos si no vamos perdiendo el sabor.

El testimonio cristiano no es sólo cuestión de palabras; él muestra su verdad con el ejemplo de la vida. No es extraño que Jesús, queriendo precisar nuestra misión en el mundo, haya comparado nuestra tarea con el oficio humilde de la sal. En el cristianismo, la calidad de la vida está muy ligada a la misión que hemos de desempeñar para hacer felices a los demás.

Es esta la ocasión de preguntarnos con mucha sencillez y honestidad cómo estamos viviendo el sermón de la montaña, porque es ahí donde se habla de la fuerza de la sal.

En el sermón de la montaña es donde se resumen las más radicales exigencias del cristianismo y frente a ellas podemos calibrar nuestro sabor. Allí se le pide al seguidor de Cristo que con su vida y con su palabra sazone la existencia humana. Su modo de vivir no es algo encerrado y debe ser tan sabroso que pueda empapar de sabor la vida de los demás. Allí se nos enseña a perdonar, a amar al enemigo, a tener una justicia que sea más exigente que la de este mundo, porque no se contenta con la letra sino que va al fondo de la verdad; allí se nos enseña a ser radicales en la pureza, a limpiar nuestros ojos de toda mirada torva; a no juzgar al prójimo; a reconciliarnos con el hermano antes de acercarnos al altar; a no vivir para amontonar tesoros que la polilla se come; a no transformar el dinero en un dios; se nos enseña también a no ostentar tratando de ser vistos y aprobados por los hombres, y sobre todo a confiar en la Providencia y a orar al Padre con la confianza y el amor que sólo un hijo puede tener.

El sermón de la montaña nos ofrece criterios muy distintos a los criterios de este mundo. Para Jesús son felices los pobres, los que tienen hambre de justicia, los que rechazan la violencia, los que trabajan por la paz y los misericordiosos.

El cristianismo no consiste sólo en creer en Dios. Supone tratar de vivir el sermón del monte en la realidad de cada día.

La sal no es para sí. Ella desaparece; es la calidad de su sabor la que transforma el todo. Impregnando con su presencia la masa, el todo adquiere gusto. Ella no le arrebató el sabor a la comida. Por el contrario, lo realza.

Es bueno verificar nuestro compromiso con el Evangelio. Inconscientemente podemos estar llevando una existencia desabrida.

A la luz de la pregunta de Jesús vale la pena preguntarnos: ¿Qué cristianismo vivimos? ¿Cuál es el mensaje que irradiamos? ¿A qué sabe nuestra vida?. Un cristianismo insípido, sin mordiente sólo sirve para “ser tirado fuera”.

Es posible que la vida haya agotado el entusiasmo de nuestra fe primera y que vivamos un ateísmo práctico. ¿Qué podemos hacer? si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? A Dios gracias, el Señor nunca le cierra al hombre todas las puertas y Él nos recuerda que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios. El cristiano, por gracia del Señor, puede volver a nacer (cf. Jn. 3)... y la sal puede volver a ser sal.

“¿DE QUÉ LE SIRVE AL HOMBRE GANAR EL MUNDO ENTERO SI ÉL MISMO SE PIERDE?”  
(Mateo 16, 26)

¿Qué significa en realidad perderse a sí mismo?... y ¿qué es eso de “ganarse”? ¿Qué es para nosotros ganarse la apuesta de la vida?

No hay pregunta más fundamental, porque en cierto modo todo depende de ella... y son, por desgracia, muy pocos los que se la hacen. Pierde su vida el que después de caminar no llega al paradero para el que fue creado. Jesús nos invita hoy a reflexionar sobre este tema.

Detrás de esta pregunta, miramos al trasluz todos nuestros valores. Para responder honestamente, debemos revisar nuestros criterios... y descubrir qué es lo más importante en nuestra vida.

El problema no radica tanto en ponernos de acuerdo sobre nuestro ideal. En eso fácilmente podremos concordar. La dificultad está en descubrir la ruta que conduce a ese ideal; y en encontrar los medios que nos llevan al fin sin engañarnos. Es el sendero el que determina el rumbo de la marcha. Por eso el Señor, más que un fin, nos propone un camino... que es, en verdad estrecho.

Para fijar ruta, el Evangelio nos da una extraña luz. Invirtiendo toda lógica humana nos recuerda que quien pierde su vida por el Señor, la conservará. Es un lenguaje oscuro, paradójico y exigente. El mundo no habla así.

Hay hombres triunfadores. Y cada vez más, son ellos los que imponen su estilo. En los negocios, en la universidad, en la vida social, en el deporte y en tantos otros ámbitos imponen su presencia los que saben hablar fuerte y los que golpean duro. Son felices porque ocupan los primeros puestos.

Pero, muchas veces, detrás de tanto brillo hay una gran pobreza “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su vida?”

Con frecuencia la Iglesia ha repetido esta frase del Maestro. Tal vez hoy más que nunca, vale la pena reflexionar sobre ella cuando nos están ofreciendo tantas cosas... En verdad nos ofrecen el mundo. Nos quieren hacer creer que poseyendo la tierra descubriremos las claves de la vida. La gente lucha y sufre tanto por alcanzar sus metas y se hace tantas ilusiones, ¿Vale la pena todo esto?

¿Qué dura es la competencia por triunfar, por sobresalir!... Y todo esto ¿para qué? “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su vida?”

Muchas veces lo que sólo es un camino se ha ido convirtiendo en un fin. Lo que sólo es un medio se ha transformado en un ídolo. Con este simple cambio se tronchan innumerables vidas. El trabajo ha dejado de ser trabajo para convertirse en un dios... lo mismo le ha pasado al deporte, al sexo, y a tantas otras cosas. La gente gana el mundo y termina perdiéndose. Es éste uno de los rasgos más crueles de una cultura que ha entreverado todos los senderos y que, sin darnos cuenta, nos ahoga.

Hay padres que dicen trabajar para sus hijos y no se dan el tiempo para conversar con ellos. Apenas alcanzan a verlos cuando ya están dormidos. Triunfan en su profesión, han sobresalido en el trabajo, pero uno se pregunta si las prioridades habrán estado bien formuladas. Al final de tanta ganancia, ¿qué se logró en verdad?

Hay madres que les duele su condición de mujer y luchan por su propia realización. Profesionales de nota agotan sus mejores energías en la oficina... y, como sus maridos, van a arrojar su agotamiento en el seno de la familia.

Como nunca, nos encontramos con personas que han perdido su norte, que han errado el camino y dan vueltas buscando la propia felicidad. “¿De qué le sirve al hombre...?”

El trabajo, los títulos, el bienestar... son caminos de realización que se nos ofrecen. En sí, son buenos salvo que pierdan su condición de medios. Entonces se hacen crueles. Nos esclavizan y terminan destruyéndonos.

Estamos en la cultura de la adicción. Existen adictos no sólo a las drogas, al alcohol, y al sexo; los hay también al trabajo, al deporte, al dinero, a la ciencia, al poder, a los escaparates y a tantas otras cosas.

¿Y al final qué queda de todo esto? Es propio del adicto perder los horizontes y con ellos perder su libertad.

Por eso, hoy como nunca vale la pena repetirle al hombre y repetirnos a nosotros mismos la pregunta penetrante de Jesús “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su vida?” La Iglesia nos invita hoy, con sencillez, a tener el coraje de jugarnos la vida por algo que en verdad no nos deje vacíos.



“¿DE QUÉ DISCUTÍAIS?”  
(Marcos 9, 33)

Atravesando Galilea, medio escondido, sin detenerse, Jesús iba instruyendo a sus discípulos (cf. Mc. 9, 30). Ellos conversaban y discutían porque no entendían las palabras de su Maestro. En el primer descanso el Señor les hizo una pregunta decisiva: “¿De qué discutíais por el camino?”

Es curioso, pero al menos dos veces se preocupó Jesús de lo que conversaban sus discípulos. Él, que los quería y que deseaba formarlos para el futuro ministerio, sabía que la palabra era importante. Qué se dice, y cómo se dicen las cosas debía preocuparle a quien se interesaba en formar apóstoles.

Después de su resurrección, cuando ya terminaba su presencia visible entre los suyos, volvió a preguntarles de qué estaban hablando a dos que se alejaban, descorazonados, llorando la derrota. Ellos iban camino de Emaús (Lc. 24, 17).

Triste debió ser para el Señor constatar, después de tanto esfuerzo pedagógico, la conversación de sus discípulos fuese tan poco evangélica. En verdad es que ellos habían entendido poco. Discutían sobre quién era más importante. Y camino de Emaús, sin entender las Escrituras, iban mirando hacia atrás, rota toda esperanza.

Siguiendo el interés de Jesús es bueno preguntarle al hombre de este siglo de qué habla y cómo se comunica.

Es triste constatar que en este tiempo nuestro hay mucha soledad. Por odio, por rutina, por falta de horizontes o por miedo, hay personas que han dejado de hablar. Mudas ante un televisor, hay familias enteras que han perdido la capacidad de mirarse a la cara, de conversar y de contar sus sueños.

“¿De qué discutes?” Preguntar eso equivale a interesarse por las cosas que nos apasionan, las cosas que son importantes para nosotros. Cuando tú hablas, ¿qué cosas tienen realmente valor para ti?

Muchos discuten y hablan de cosas que no valen la pena. Por desgracia hay hombres que tienen un registro pequeño de intereses. Sólo se puede hablar con ellos de dinero, de sexo de negocios, de fútbol o de coches. La política cuando se convierte en tema excluyente puede ser también una forma de decir pocas cosas. Pero más delicado es cuando nuestra conversación, hecha para comunicarse y construir lazos, se dedica a destruir a otros.

En el hablar se manifiestan los prejuicios, las estrecheces de clase, las pasiones. También ahí se manifiestan las ternuras, las grandezas, la objetividad y el respeto... “porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lc. 6, 45).

El Señor quería que nuestra conversación fuese sencilla y directa: “Si o No”; que jamás hiriera al hermano; que nos preocupáramos de las necesidades y dolores de los otros y que dijéramos en todo momento la verdad.

El hablar humano debe ser bello. Es una pobreza grande tener un vocabulario reducido, una gramática imperfecta o convertir el lenguaje en una grosería. La grosería se usa a veces para ofender, pero la mayor parte de las veces es una muletilla que oculta una inopia atroz. Empobrecer la palabra reduce fuertemente la capacidad que tiene el hombre de ser hombre..., de entrar en comunión y dominar la tierra.. Dios le dio a Adán, como muestra de su señorío, el poder de ir poniéndole nombre al universo.

Jesús quiso enseñar a los suyos a hablar también con Dios. Sólo en ese diálogo confiado donde el hombre puede decirle “Padre” a Dios, la conversación, la palabra humana, adquiere toda su profundidad y su esplendor. Un hombre que nunca habla con Dios, verá que su palabra tarde o temprano perderá horizontes.

Por todo lo anterior, es bueno que hagamos hoy resonar en nosotros la pregunta de Jesús: “¿De qué discutíais?”

(Lucas 10, 36)

La ley de Dios nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos. Este mandamiento es semejante a la norma suprema de Moisés que ordena amar a Dios con todo el corazón. De la comprensión unificada de este mandato doble depende, en verdad la profunda intelección del Evangelio.

Tanto debió de repetir Jesús a los que lo seguían que era necesario amar a Dios y al prójimo, que finalmente un fariseo pidió una explicación: “¿Quién es mi prójimo?” (Lc. 10, 29)

Hubiese sido fácil contestar diciendo que “prójimo” es el que está cerca, que “prójimo” son los otros hombres. Pero en el Evangelio la proximidad no es una medida física, es una dimensión del corazón.

La respuesta era tan importante que Jesús dio un largo rodeo para hacerse entender.

Él contó una parábola que debió extrañar a los judíos de aquel tiempo, porque hablaba de las bondades de un hombre de Samaria. Ese samaritano ayudó con delicadeza y con sus bienes a un desgraciado que había sido atacado cuando caminaba de Jerusalén a Jericó. Un sacerdote, en cambio, y un levita que pasaron por el mismo lugar, siguieron su marcha sin molestarse con ese ser que parecía muerto.

Curiosamente, al contar esta parábola, Jesús no hacía sino narrar su propia historia. Él era el buen samaritano. Él vio que había entre nosotros mucha gente herida y mutilada; que había pobres y humillados; que había muchas personas solas y extraviadas. Él percibió que pocos en este mundo se acercaban de verdad a los sufrientes, porque estos no son “prójimo” de nadie. Él percibió que en este mundo, a pesar de la cercanía física, había distancias y abismos muy profundos que separaban al hombre de su hermano. Entonces Él decidió llenar esos abismos. Él que compartía el ser de Dios, decidió compartirlo con la humanidad que estaba abandonada. Jesús se hizo samaritano y se detuvo en el camino que bajaba de Jerusalén a Jericó... y en un recodo de esa ruta estaba también yo. Él quiso hacerse cercanía de todos los que lloran. Él se hizo prójimo.

Jesús, con su ejemplo y con su propia vida, cambió la perspectiva del fariseo que preguntaba por su prójimo. Él respondió a la pregunta dándole la vuelta. La diferencia parece sutil pero es muy importante. Él se puso del lado de los que sufren y desde allí miró para ver quién se atrevía a dar un paso; quién era capaz de acercarse al desvalido; quién se hacía “prójimo” del necesitado. En lugar de preguntar quién era prójimo del samaritano o andariego, preguntó quién se hizo prójimo del que estaba herido. Por eso, no interesa tanto saber quién es mi prójimo... cuanto mirar al caído y ver si yo me hago prójimo de él... saber a quien me acerco yo. La verdadera pregunta no es quién es mi prójimo, sino quién lo es del que está en necesidad.

¿De quién me hago prójimo? ¿Por quién me preocupo? ¿A quién le doy mi tiempo? ¿Por quién corro riesgos? ¿A quién socorro? ¿A quién le doy mi dinero? La pregunta es necesario formularla desde los que necesitan una mano y tan difícilmente encuentran a alguien con voluntad de cercanía.

A ellos es bueno preguntarles: ¿quién se acercó a ti cuando estabas en necesidad?

Todos buscamos que nos amen y consuelen. Nadie quiere quedar solo en esta vida... y Jesús nos invita a salir de nosotros, a cambiar la perspectiva y buscar no tanto mi propia compañía sino que nadie quede solo. El problema no es saber quién está cerca mío, sino de quién me hago yo prójimo. Si el samaritano hubiese pensado en sus derechos, en su cansancio o en sus necesidades, si hubiese mirado el mundo desde sí mismo... el herido no hubiese tenido jamás prójimo alguno y curiosamente, el mismo samaritano hubiese seguido solo en su camino. “¿Quién se hizo prójimo del herido?”. Esta es una pregunta esencialmente cristiana, y el Señor vuelve hoy a formulárnosla.

Es importante centrar la vida en el otro y no en mi mismo; iniciar la aventura de acercarnos a los demás, de preocuparnos por ellos, de hacerlos de verdad “prójimos” nuestros.

Jesús se hizo prójimo mío. Él asumió mi vida. Él tuvo la iniciativa de acercarse. Yo fui importante para Él... Y Él me invita hoy hacer lo mismo por mi hermano.

(Marcos 8, 28)

En el corazón de los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, Jesús formula a sus discípulos esta pregunta que es verdaderamente medular. “¿Quién dice la gente que soy yo?” El Maestro quiere saber qué piensan de él los hombres de su tiempo. Desea también contrastar la opinión de la multitud con la de los discípulos que lo han acompañado paso a paso... “Y vosotros, ¿quién dicen que soy yo?”

La multitud ha seguido a Jesús con entusiasmo, ha contemplado los prodigios, le ha extendido sus llagas para que Él las cure; ha escuchado sus palabras... pero ese pueblo que necesitaba la presencia del Mesías, ha sido incapaz de llegar al fondo del misterio y por eso no ha sabido reconocer al que esperaba. “Él vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron” (Jn. 1,11).

Las ideas que tenían, los prejuicios impresos en su imaginación, impidieron a ese pueblo descubrir la novedad sobrecogedora de la presencia de Dios. Jesús fue un misterio insondable para sus contemporáneos. Lo más que podía aceptar era que volviera a la vida Elías, Juan Bautista o uno de los profetas (cf. Mc. 8,28). No podían, sin embargo, creer ni aceptar que Dios se hiciera parte de la historia humana; que el Mesías compartiera palmo a palmo nuestras penas y grandezas; no podían comprender que Dios se hiciera un hombre libre, humilde y manso, amigo de publicanos y pecadores. Mucho menos podían entender que el Señor marchara por el camino de la cruz y que fuera un servidor sufriente. En vano había anunciado eso la Escritura. Ese escándalo ni los discípulos podían aceptarlo. ¿Estamos hoy mejor?

La pregunta de Jesús conserva su vigencia y los cristianos, llamados a evangelizar el mundo, debemos también preguntarnos qué piensa de Jesús la gente de estos días.

“¿Quién dice la gente que soy yo?”

Muchos ya no se ocupan de Él o acallan su llamamiento. Para otros, es tan sólo un recuerdo del pasado; una etapa superada de la cultura. Algunos lo actualizan diciendo que es un revolucionario, un “se busca” intransigente; un maestro de moral; o uno más de la lista de gurúes y maestros que jalonan la marcha del espíritu. Otros lo ven como un Dios lejano y espiritual.

“¿Quién dice la gente que soy yo?”

¿Qué piensan los científicos de hoy, aquellos que esperan dominar un día los secretos de la vida y transformar el mundo? ¿Qué piensan aquellos economistas que, seguros de su saber, ubican el progreso humano en la cantidad de dólares que producen per cápita? ¿Qué piensan de Jesús los pragmáticos, que miran con desdén, como algo anticuado, las consideraciones éticas? ¿Qué piensan los que por razones de Estado y seguridad torturan y matan? ¿Qué piensan de él aquellos religiosos que han hecho de su vocación sólo una profesión o un camino de promoción burocrática? ¿Qué piensan los artistas que buscan la belleza fuera de Dios? ¿Qué piensan los deportistas que en el desarrollo físico adoran a su dios?

Como los contemporáneos de Jesús, los hombres de este tiempo han pasado a su lado sin comprender su misterio y siguen hoy buscando un Salvador.

Puede hacernos sufrir el hecho de saber que esa respuesta insuficiente la dan también ahora muchos que se dicen cristianos... Tal vez, sin yo quererlo, ni sin saberlo, piense lo mismo que piensa la gente.

“¿Quién dice la gente que soy yo?” Respondiendo a esa pregunta se puede hacer un diagnóstico de la humanidad que anda errante en busca de un pastor... y se puede abrir para mí una misión en el mundo de hoy.

## “¿QUIÉN DICEN USTEDES QUE SOY YO?”

(Mateo 16, 15)

Es ésta la pregunta central del Evangelio. En torno a ella se organiza en los sinópticos -Mateo, Marcos y Lucas- la vida y la enseñanza de Jesús.

Es bueno que también yo me pregunte por el lugar que ocupa Jesús en mi vida; por el significado que Él tiene para mí.

Después de largo tiempo de formación, el Señor les preguntó a los suyos quién decía la gente que era Él... y oyendo la variedad de respuestas - porque unos creían que era Juan Bautista, otros pensaban que era Elías o alguno de los profetas - se atrevió a averiguar si ellos mismos habían comprendido el fondo del misterio y si estaban aptos para escuchar el alma del mensaje: “¿Y vosotros, quién decís que soy yo?”

Es importante este paso de la opinión general, de la teoría, que no compromete vitalmente, a la pregunta que penetra hasta la verdad del corazón y que no se puede eludir. “¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?”

Largamente ha estado Jesús instruyendo a los suyos. Les ha ido revelando poco a poco su misterio. Les ha mostrado su amor y manifestado las ternuras insospechadas de Dios, su Padre.

Él sabía que para esos hombres sencillos que dejándolo todo lo habían seguido, no sería fácil ir más allá de las apariencias. Ellos tendrían dificultad de manifestar una opinión diferente a la que tenía la gente de su entorno. ¡En esto eran tan parecidos a nosotros! Sin embargo, era imposible construir una Iglesia sobre unos discípulos que no hubiesen hecho penetrar el Evangelio en su propio corazón. Por eso, todo dependía de esta simple pregunta: “¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?”

Para poder contestar a esta interrogación, no basta con haber aguzado la razón. Conocer a Jesús, llegar a intuir la hondura de su ser, es un regalo. Hay que abrir el corazón como un niño para que Dios lo llene con su gracia. Por lo demás, siempre es así cuando se quiere llegar a conocer en realidad a una persona. No es la carne ni la sangre quienes permiten descubrir el misterio...

Si Jesús no es más que un hombre ejemplar, vana es nuestra fe; si Él es sólo un hombre, nuestro mundo se cierra y la marcha de nuestros pies se detendrá algún día sin haber llegado a parte alguna. Si el Señor es tan sólo un profeta, los que creemos en Él somos los más desgraciados de los hombres.

“¿Quién dicen ustedes que soy yo?” Pedro tomó la palabra en nombre de los doce... y ¿por qué no decirlo?, en nombre de nosotros, y dio la respuesta que el Maestro esperaba: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Esa respuesta, tomada en serio, cambió la vida de los apóstoles y también influyó hasta la raíz en la nuestra.

Los exégetas podrán discutir sobre esa respuesta, pero la Iglesia sabiamente ha entendido siempre que ahí está la verdad última. Ahí se revela mejor que en ninguna parte lo que es Dios, la Iglesia y el hombre. Reconocer a Jesús como el Mesías es aceptar, no solamente la cabeza, que Él es quien llena todas las expectativas del hombre... pero reconocerlo como Hijo del Altísimo es afirmar que nuestro Dios fue más allá de todo lo que podíamos anhelar, porque vino a compartir nuestra propia humanidad.

Si la respuesta de Pedro expresa la verdad, la vida humana adquiere una dimensión que no era posible imaginar: el hombre es mucho más que la imagen de Dios como nos enseña el Génesis... Al asumir nuestra humanidad el Verbo se hizo uno de nosotros y nos introdujo en el misterio mismo de Dios.

“¿Quién dicen ustedes que soy yo?” Es ésta finalmente la radical interrogante que tarde o temprano se nos presenta y que define el horizonte de nuestra existencia.

Es bueno hacernos hoy esta pregunta con toda honestidad. Si yo digo de verdad que para mí es Jesús es el Hijo de Dios vivo, el Mesías largamente esperado, todo cambia.

En un momento de crisis, cuando la humanidad busca con afán un camino, cada cristiano y cada grupo de la Iglesia tiene que preguntarse, con la misma fuerza con que Jesús preguntó a sus apóstoles, qué piensan en verdad de Jesús. “¿Quién dicen ustedes que soy yo?” Si dudamos, si no nos atrevemos a

responder, recordemos que Dios oculta el misterio a los sabios de este mundo y lo revela a los niños, a los pobres y a los humildes de corazón.

“¿CREEN QUE HE VENIDO A TRAER PAZ A LA TIERRA?”  
(Lucas 12, 51)

Jesús es paradójico. Quien ha sido llamado Príncipe de la Paz, nos dice que ha venido a traer la división. Más precisamente, San Mateo nos recuerda que su Señor vino a traer discordia. Esta expresión no deja de extrañarnos e invita a afinar la reflexión. ¿No estaremos llamando paz a algo que está lejos de serlo? Lo que es paz para algunos, ¿no significa la muerte y dolor para otros?

Esta pregunta desconcierta. Hemos estado acostumbrados a ver en Jesús la encarnación de la paz... y en realidad creemos que sólo Él puede dar la paz que el mundo no puede dar.

En un lenguaje semítico, que ama los contrastes pero obliga a ir al fondo de la verdad, Jesús nos hace una pregunta inquietante. Él está en la línea de Jeremías y Ezequiel, que acusaban a los falsos profetas que hablaban de la paz cuando todo andaba mal (Jer. 6,13; Ez. 13,10).

“¿Creéis que he venido a traer paz?”

Desde antiguo se ha dicho: *Si vis pacem para bellum*, si quieres la paz prepárate para la guerra. Ármate hasta los dientes para que te teman... Ésta es la lógica del mundo. Pero esta paz no la quiere Jesús y con razón nos dice que ese no es su mensaje. “No he venido a traer la paz sino discordia” (Mt. 10,34).

La paz fundada en la mentira y la apariencia; la componenda fácil que acumula problemas para el futuro, no es la paz de Jesús. Qué lejos están de su mensaje la paz de cosmético que sólo quiere salvar las apariencias; la paz armada: la paz que se impone por la fuerza y que a menudo cuesta más que una terrible guerra; la paz del cementerio donde nadie opina y donde nadie puede disentir. Bajo el mando de esta aparente pacificación, existen violencias escondidas y atrocemente mortales.

Cuando un pueblo está tranquilo porque está petrificado por el terror, no está ciertamente saboreando el fruto de la paz. Los pobres y quienes carecen de las más elementales oportunidades de vivir con dignidad pueden ser testigos de que por ahí no va la salvación del mundo. En esas circunstancias no son hijos de la paz quienes callan, sino los que se atreven a denunciar el mal.

Tampoco es la paz del Evangelio aquel pasarlo bien sin pensar en los otros. En un mundo hedonista, en un mundo que rechaza la fidelidad, que desconoce el heroísmo, se confunden los términos y la “tranquilidad”, el bienestar material, la carencia de problemas, la farándula, el entretenimiento y el olvido terminan por paralizar el corazón sin darle el verdadero reposo.

El mensaje del Señor padece violencia. El Evangelio supone una batalla interior. Vencerse a sí mismo, entregar la vida para que otros puedan vivir, rechazar la mediocridad, oponerse al compromiso espurio y a la verdad dicha a medias, ciertamente cuesta mucho. Ser radicalmente coherente con lo que se cree es una guerra implacable. La verdad es dolorosa, pero sólo ella nos hace libres.

Ser libre para decir las cosas hiere muchos intereses y acarrea problemas. La propia muerte de Jesús muestra lo conflictivo del mensaje que Él vino a proclamar.

Pero el cristianismo no es sólo lucha interior. Él se proyecta sobre la sociedad y quiere transformarla. Él pretende reconstruir en sus raíces las relaciones del hombre con su hermano... y cambiar la lógica del mundo. Eso provoca resistencias. Es impresionante lo que molesta que alguien tenga el valor de proponer un reto, de enfrentarse a este mundo. Perturba una persona que tenga un corazón libre y diga la verdad. No es fácil que se acepte al que opta por los más débiles y hace suyo el desamparo del mundo. A menudo se le acusa a él de delincuente. Quien es testigo del Espíritu en medio del materialismo que se nos quiere imponer, quien tiene a Dios por el centro y fuente de su vida, tiene que aceptar su inexorable cuota de martirio.

Jesús no quiere una paz falsa, pero rechaza la violencia... no ataca, pero recibe en sí las consecuencias de su amor y va a la muerte. Es ésta la más dolorosa realidad de su mensaje que no se puede ocultar. Jesús hizo guardar la espada... porque el que mata con la espada a hierro muere... Quiso romper la espiral de la agresión. Su mensaje no es una invitación a la dulce tranquilidad... Es un mensaje abrasador. El reino de los cielos padece violencia.

A lo largo de la historia del cristianismo ha corrido mucha sangre de mártires... y ella ha sido la mejor semilla de la fe. El Evangelio no fue nunca un sedante. Muchos discípulos de Cristo entregaron su vida para que el mundo pudiera realmente vivir.

“He venido a traer fuego a la tierra; y qué he de querer, sino que arda” (Lc. 21,49).

La llama del Evangelio nos invita a desinstalarnos... Que ese fuego arda en nuestros corazones y que por ahí empiece a encender el mundo... y entonces alcanzaremos la paz que el mundo no puede dar (Jn. 14,27). La pregunta que ahora comentamos nos obliga a interrogarnos con honestidad sobre el modo que tenemos de insertarnos en este mundo.

Esta pregunta de Jesús es importante en los tiempos que vivimos...

Ha habido revuelo en la ciudad santa de Jerusalén. Todo el mundo ha hablado de este profeta poderoso en obras y en palabras y, en vano, esperaron que Él iba a restaurar por fin el reino de Israel.

Pero ese sueño se ha acabado... Los jefes de su pueblo lo han entregado a la autoridad romana.

El Señor está solo ante Pilato. En su impotencia y su silencio, Él sabe manifestar su autoridad. Es el poder de este mundo, las legiones de Roma frente a la debilidad y a la grandeza simple del hombre... y frente al misterio de Dios. Como en ninguna parte se manifestó ahí la fuerza de la verdad y la dignidad de la persona humana. Pero era necesario tener ojos limpios y penetrantes para percibir ahí la humanidad. Pilato era incapaz de eso; él tenía que conservar su puesto, guardar su autoridad, defender la dignidad del imperio frente a los fanatismos.

En la mirada de ese prisionero humillado, fracasado e impotente brilla, para quien sabe ver, la hondura del misterio. El gobernador no tiene la finura para captar ante quien está él. A Pilato lo han hecho creer que tiene las llaves de la vida porque tiene el poder para matar. Como tantos hombres, él se cree importante por el cargo que ocupa. Por desgracia, él es sólo víctima de un juego de pasiones, influencias y temores que no sabe enfrentar con libertad. Entre los mármoles de su palacio, él es un pobre esclavo. El habla, pero su palabra es un eco de lo que los otros opinan.

Le han dicho que este galileo tiene trazas de rey, pero para él eso sólo se entiende en un sentido político que podría malquistarlo con Roma.

Más por curiosidad que por deseo de captar la verdad, se vuelve hacia aquel pobre desdichado: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús no responde a la pregunta del gobernador directamente. Él desea situar el diálogo en un nivel que está más allá de las palabras de moda. Cuando el hombre se mueve en el terreno de la moda, achica su libertad y no puede abrirse a la verdad. “¿Lo dices por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?” ¿Eres capaz de tener una palabra propia, honesta y personal cuando le hablas a Dios? ¿Tú quiere en verdad escuchar la respuesta? El pobre prisionero quiere liberar al gobernador de la oculta prisión que lo encierra. Lo invita a que tenga una opinión como persona.

En un mundo como el nuestro donde la publicidad crea la moda, donde las ideologías de la clase social, las “certezas” de la ciencia nos impiden tener un juicio libre y personal sobre los hechos, es interesante preguntarse hasta dónde soy influenciado. Hasta que punto repito lo que se está diciendo. ¿Tengo yo, por ventura, el coraje de pensar y de ser independiente? ¿Puedo yo enfrentar a Jesucristo y escuchar su llamado aunque la inmensa mayoría de los hombres opinen de otro modo?

Muchos viven aterrados de perder su trabajo y necesitan hablar para contentar al que está en el poder. Como Pilato, le tememos a “los jefes judíos y al César de Roma”. Con mucha frecuencia se escrutan las encuestas para no quedar atrás, para ser hombres de la época. “Ser modernos” se ha convertido en suprema norma de la moralidad y de la vida.

La “mayoría”. Pueden encerrarnos en una masa anónima e irresponsable. Pero esa masa para que sea humana debe estar formada por personas, no es una cuestión de números.

El hombre de este tiempo busca apasionadamente la libertad, pero corre el riesgo de estar programado por otros. La moda, la publicidad nos va nivelando por dentro y lentamente van achicando el cerco de nuestra prisión.

A Jesús es necesario llegar con el corazón abierto para ser capaces de escuchar de su boca la verdad del hombre y la verdad de Dios. Es necesario tener una sana libertad frente al medio, que puede impedirnos tener una decisión personal. Pilato era de aquellos que sólo repetía opiniones ajenas... era incapaz de indagar personalmente hasta encontrar la Verdad. Por eso Jesús hizo un llamado a su responsabilidad preguntándole: “¿Lo dices por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?” Lo mismo nos pregunta hoy Jesús, invitándonos a la libertad interior.



“DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”

(Mateo 27, 46)

En toda la historia humana no se escuchó jamás una pregunta más misteriosa ni más dramática:  
“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Al terminar su vida en esta tierra, si hablamos como hombres, vino el fracaso total. El Hijo de Dios Altísimo por quien y para quien todas las cosas habían sido hechas... el que era el principio y final de todo lo que existe entre nosotros... experimentó hasta lo más hondo de su alma no sólo la derrota sino el abandono de su mismo Padre. Antes, lo habían abandonado sus apóstoles, lo dejamos nosotros que vendríamos después... y entonces lo hirió la lejanía de su Dios.

Él sintió que no era un hombre sino un gusano; escarnio y vergüenza de su pueblo... se experimentó como el agua derramada. Apretado contra el polvo de la muerte vio como se repartían el botín de sus despojos. Allí sintió los gritos del descalabro: ¿Fueron vanos sus trabajos? ¿Fue falsa su palabra que Él creía fuente de vida? ¿Sería verdad que los ricos y no los pobres eran bienaventurados ante Dios? ¿Tenía sentido asumir la causa de los más desposeídos y sufrientes de la tierra? ¿Los pecadores no podrían jamás sentarse a la mesa de los hijos? ¿Sería razonable perdonar, poner la otra mejilla y llegar a amar al enemigo? ¿Sería posible en esta tierra la vida en el Espíritu? ...Y más allá de la muerte, ¿estarían los brazos abiertos del Padre?

En ese momento todo se hizo pregunta y abandono. Eso es el infierno. Sin ser pecador, asumió en su carne las consecuencias del camino que ha elegido el hombre al alejarse de Dios. “Su corazón como cera se derritió en sus entrañas, su garganta se secó como una teja y su lengua se pegó a su paladar” (Salmo 22).

Esta pregunta que hoy comentamos no es sólo de Jesús, es del hombre en su conjunto... y por lo tanto es nuestra. Jesús para expresar su angustia, que constituye el centro de la cruz, no formuló con sus propias palabras su interrogación. Él prefirió tomar un salmo que resume los llantos y amarguras de su pueblo. Todos los sufrientes de Israel, los exiliados, los humillados, enfermos y oprimidos se habían vuelto a Dios con las palabras del salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Jesús al formular esa pregunta, con palabras de otros que sufrieron antes que Él, hacía converger hacia su persona todo el llanto que ha derramado el hombre. En tal momento asumía en su carne todos los abandonos y todos los desgarrones que experimentó y sigue experimentando la humanidad en este mundo. Allí, como nunca, Él era EL HOMBRE. Allí era más cercano a nosotros que en Belén o cuando hacía milagros.

En esta pregunta entendemos, mejor que en otras partes, la verdad de la Encarnación... comprendemos que es cierto que “el Verbo se hizo carne”, que compartió la suerte y el sufrimiento humano. Que su humanización no consistió sólo en hacerse hombre. Él se hizo pobre, pequeño y fracasado. Él hizo suyas la soledad, la angustia y los quiebres de la humanidad. Y desde entonces, por sola que sea nuestra soledad, ella tendrá una compañía.

De algún modo todos hemos pasado o pasaremos por algo semejante y algo de nosotros colgaba esa tarde de la cruz.

La lección de Jesús es que en esas circunstancias, no se detuvo en la pregunta, siguió rezando el salmo con las briznas de vida que aún palpitaban en su cuerpo. Prefirió seguir confiando en la Palabra y en el amor de su Padre... Siguió alabándolo en medio de la asamblea (Salmo 22, v.23). En esto se diferenció de nosotros y nos abrió el camino de la vida. A donde nosotros llegamos por orgullo mostró la hondura de su amor y de su fe. Confió en su Padre y lo amó hasta el extremo... y en sus manos entregó el Espíritu. Su muerte se hizo vida fecunda para todos nosotros. Él abrió así el fondo de todo camino sin salida.

Todo dolor, toda duda, todo hastío, unidos al sufrimiento de Cristo y puesto con amor en las manos del Padre, se hace fuente de vida y camino de resurrección. No existe otra ruta con más esperanza para el hombre.

Esta pregunta tiene dos enseñanzas importantes que aportarnos. Ella nos revela el corazón consolador de Cristo y nos invita a no estancar la vida en un sepulcro.

Pocas personas sintieron más la muerte de Jesús que María de Magdala. Tal vez pocos, en verdad, lo amaban con más fuerza. De ella había expulsado el Señor siete demonios, renovado en su corazón la tierna capacidad de amar con dignidad. Con la cruz se quebraron sus sueños e ideales y un hombre sin soñar se muere. Todo parecía haber llegado al fin. Esa mujer apasionada y fiel sintió que lo puro, lo espiritual ya no tenía lugar en esta tierra.

El dolor rompió sus esperanzas y la ancló en el pasado.

A pesar de las palabras del Maestro, quiso poner su último consuelo en un cadáver. Mientras quedara algo del Señor podría seguir viviendo al menos del recuerdo. Pero ese no es vivir. Rompiendo toda lógica quiso aferrarse a un muerto, y como hija de Israel pensó empapararlo con óleos y resinas. Corrió al sepulcro cuando era muy temprano. Quería estar allí, detener la vida y sepultarla junto con su Señor.

El desconcierto fue para ella inmenso al descubrir que la gran piedra estaba puesta al lado y que el cuerpo del Señor no se encontraba allí. Ya no tenía rumbo en esta vida... su mundo se acababa para siempre. Desesperada acudió a Pedro. No podía ni siquiera conservar escondido en una roca al que la hizo vivir. La muerte del Señor le había arrebatado el sentido de su vida, pero este robo del cuerpo inanimado rompía la última atadura. No le quedaba nada... “se han robado de la tumba a mi Señor y no sabemos donde lo han puesto”. Ella lloraba y en eso seguía siendo humana. Como para muchos hombres y mujeres, las lágrimas le hicieron ver la luz.

“¿Por qué lloras?” Alguien a sus espaldas se preocupaba de ella.

¿Por qué tu fe no traspasa las rocas... no llena los vacíos? ¿Por qué me quieres muerto? ¿Por qué tu amor no es capaz de transformar esta partida en fuente de esperanza? ¿Por qué no haces fecundo tu dolor?

“Mujer, ¿por qué lloras?”, le preguntó Jesús. Pero ella no pudo reconocerlo. El sufrimiento hacía inalcanzable la presencia.

Ella no era capaz de razonar. Ella no podía hacer resonar nuevamente los anuncios que el Señor había hecho. Ella leía los acontecimientos con la peor de todas las lecturas... y no le dejaba ningún espacio a la Resurrección: “Se han robado a mi Señor”... En esto ¡que humana era María!

Todos tenemos algo de esta pobre mujer... A menudo nos aferramos al dolor, parece más seguro poseer un cadáver que permitirle a Dios entrar y salir por nuestras vidas con la fuerza radiante del Espíritu. La enfermedad, la soledad, la pena, muchas veces nos nublan la mirada y el Señor se nos va. El llanto pierde todo sentido y se hace pura vaciedad. “¿Por qué lloras?”

Pero en ese momento se produjo el segundo gran milagro en la vida de la Magdalena, ciertamente más importante que el salir de demonios. Sintió su nombre... sintió la palabra creadora de Dios que la hacía de nuevo, sintió que la querían: “¡¡María!!” ¡Eso sólo bastó!

El Evangelio nos cuenta que las ovejas reconocen la voz de su Pastor. Esa mañana la mujer de Magdala experimentó toda la capacidad de consuelo de la voz de Jesús. Ella se supo conocida por dentro, acompañada, comprendida e invitada a volver a vivir.

“Rabboni” fue la respuesta... Esta vez el don era total y definitivo. Rabboni en hebreo quiere decir maestro y para una persona del oriente eso lo implica todo. Detrás de tal palabra María le dijo a su Señor: “No importa que no estés. Yo me alimentaré de tu palabra y viviré de ella... y la anunciaré a mis hermanos. La fe ya no necesitará tu presencia en un sepulcro. Tampoco será necesaria tu visión. Tu Espíritu, la realidad de tu Iglesia (hecha visible en Pedro y los discípulos), la Eucaristía, será para mí tu nueva cercanía”.

Y María fue cerrando sus heridas con la fe en el resucitado... Y entonces se secó su llanto.

Cuando un cristiano sufre, tiene que ser capaz de reconocer la presencia extraña del Jardinero que vuelve a hacerle la pregunta de la resurrección: “¿Por qué lloras?”

21  
“¿ME AMAS?”  
(Juan 21, 17)

No hay pregunta más simple y tal vez ninguna tan hondamente humana y más fundamental que la pregunta con que Jesús se despidió de Pedro “¿Tú me amas?”

Es una pregunta que va al fondo y exige la verdad. Todo hombre ha hecho esta pregunta a la persona con quien quiere compartir la vida... sabiendo que de la respuesta depende el curso de su existencia. “¿Tú me amas?” Ahí no hay lugar para la táctica o la estrategia.

Jesús no preguntó a su apóstol cuánto había entendido, ni cuál era su capacidad de trabajo, sino cuál era la hondura de su amor. Sólo cuando estuvo seguro de que ese amor era sólido, pudo confiar definitivamente su obra a la debilidad humana. “Apacienta mis corderos”.

Porque Jesús reconoció que Pedro lo amaba de verdad, confió en él; le dio la misión de confirmar a sus hermanos. Sobre sus débiles fuerzas de hombre, convertida en roca, el Maestro edificó su Iglesia: y simbólicamente a él, como cabeza, le entregó las llaves que abren y cierran las puertas de la vida.

La prudencia, sin embargo, hubiera aconsejado desconfiar. Pedro había conocido la traición. El temor pudo paralizar en un momento todos sus sueños; había negado a quien amaba. Todo pareció entonces terminado.

En esa circunstancia Jesús quiso ir al fondo de las cosas. Hizo la pregunta decisiva, la única que en definitiva interesa: “¿Tú me amas?”

Jesús esperó la respuesta de Pedro, como Dios aguardó expectante el “sí” de María del cual dependía el plan de salvación. El futuro de la fe dependía de ese amor... Y Pedro no falló: “Señor, tú sabes que te amo”.

Jesús también nos ha buscado a nosotros. Con el tiempo, sin embargo, hemos desencantado ese primer encuentro. Por la necesidad de adaptarnos a los tiempos, por el imperativo de dar razón de nuestra fe... hemos ido cargando el cristianismo de “teologías”. Fácilmente nuestra fe se ha convertido en doctrina, en afirmación de valores morales, en pensamiento social, en acción. Todo eso es realmente fundamental y necesario, pero no puede sustituir una relación gratuita de elección, amor, ternura y fidelidad entre el hombre y Jesús. Ahí se encuentra el alma del cristianismo. Pocos cristianos pueden decir que aman al Señor con toda su alma, con todas sus fuerzas, con todo su corazón. Por eso resulta fundamental preguntarnos también hoy “¿Tú en verdad, le amas?” Es la pregunta suprema del Evangelio.

Han pasado los años. Pocos pasajes tienen para nosotros más actualidad. La Iglesia nos invita ahora a una nueva evangelización; a un reencuentro con Cristo que renueve a fondo nuestro ardor.

En estas circunstancias el Señor repite su pregunta final que está en el origen de la Iglesia y de todo proyecto evangelizador: “¿Tú me amas?”

Él espera la respuesta. No podemos engañarnos y engañarlo. Él desea que, como Pedro y con Pedro, podemos contestarle: “Señor, tú sabes todas las cosas. Tú sabes que te amo”.

Los evangelios no están de acuerdo si eran los hijos de Zebedeo, o si era la madre de estos quien deseaba que sus descendientes estuvieran en los primeros lugares. Pero en todo caso Mateo y Marcos nos relatan que se le pidió a Jesús que esos dos pescadores pudiesen sentarse a la derecha y a la izquierda del Maestro, cuando llegara el Reino.

A pesar de su debilidad querían sobresalir, ser reconocidos y triunfar. ¡Qué seres tan humanos! ¡Qué cosa tan actual!

La respuesta de Jesús fue desconcertante. Él formuló una pregunta, que tarde o temprano escucha todo cristiano: “¿Puedes beber el cáliz que yo beberé?” ¿Me puedes acompañar hasta la cruz? ¿Eres capaz de dar la vida? ¿Eres capaz del martirio?

La pregunta es dura y parece quitarle poesía al Evangelio. No es extraño que nosotros tratemos, por todos los medios, de esquivar esa ruta escabrosa para alcanzar la Vida.

Que fácil es seguir al Señor en momentos de victoria, en épocas de triunfo, pero qué difícil es aceptar la derrota, beber el fracaso... subir con Él a la cruz. El cristianismo nunca ha sido un camino ancho. Servir con toda el alma, dejar que los otros sean más importantes que uno, que los otros sean felices, siempre será muy duro.

El mismo Jesús sintió angustia de muerte ante ese cáliz y hubiese deseado evitarlo. “Aparta de mí este cáliz. Pero que no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres Tú” (Mc. 14,36). En Él primó la fidelidad a su Padre para salvar al hombre.

El Evangelio fue, es y seguirá siendo siempre un escándalo en el mundo. Querer adaptarlo a las últimas modas será siempre una tentación. Es cierto que estamos llamados a inculturarlos, a encarnarlos en cada tiempo y cada circunstancia, pero eso no significa empuqueñecer sus exigencias, ablandar la llamada... o vaciar el cáliz. Un cristiano a medias no vale la pena. Él debe responder a las necesidades de este tiempo y ser sensible a las necesidades más hondas del hombre, pero esa sensibilidad no consiste en adaptarlo al mundo. Se trata de poner un nuevo camino.

¿Cómo entender el Evangelio frente al mercado y su competencia; frente a la doctrina de la seguridad nacional; frente al desarrollo, al bienestar material, al estudio especializado y a tantos desafíos de la vida moderna? El mensaje no nos aparta del verdadero progreso humano, pero nos invita a situarnos de tal manera que jamás ese progreso nos encierre en nosotros. El desarrollo no debiera apartarnos del hermano o de Dios.

La radicalidad no consiste en la rigidez en la dureza de las reglas, sino en una invitación a darlo todo. Precisamente porque el cristiano debe estar dispuesto a morir y a dar la vida, ha de ser capaz de ser comprensivo, cercano, y humano. Así fue Jesús. Porque hay que darlo todo, no es posible ser mezquinos ante nadie. El verdadero profeta no es un ser amargado que encuentra todo malo o que dice siempre amenazas y represiones... Es profeta el que revela en cada momento el querer de Dios; el que vive para los demás y para Dios.

Qué fácil es que el cristianismo se convierta en la religión de los que piensan bien, de los bien adaptados. Nos hemos arreglado para convertir la cruz en un signo de buena crianza. Pocos recuerdan lo que ella significa y lo que ella fue para Jesús. No podemos ocultar que es un escándalo al cual San Pablo llamó locura y necedad... pero que, a la vez, es fuerza de salvación y sabiduría de Dios. ¿Puedes beber ese cáliz?

Por extraña paradoja ese cáliz es signo de alegría y fraternidad. Con el salmista “levantamos el cáliz de nuestra salvación e invocamos el nombre de Yahvé” (Salmo 116,13).

Sentarse a compartir el cáliz es imagen del Reino, es signo de la verdadera hermandad y será siempre memorial de nuestra fe. El cáliz alegra el corazón del hombre. Aquí está el misterio del cristianismo: el que da la vida la gana. El que recibe al Señor da su vida con Él. El que muere por los demás resucita a la vida eterna. El que llora tiene una risa más limpia y más profunda.

Sólo el grano de trigo que se deshace es fecundo en espigas y gavillas. Por eso la fe cristiana es fuente de muchas esperanzas y da una paz que el mundo no puede dar. Uno entiende estas dos

dimensiones del cáliz, recordando una frase de San Ignacio que decía a un novicio que “para ser feliz, hay que ser siempre humilde”.

¿Somos capaces de vivir a fondo la humildad y el camino que siguen los humildes? Es bueno que hoy tratemos de responder con nuestra vida al Señor que vuelve a preguntarnos: “¿Son capaces de beber el cáliz que yo beberé?”

Los fariseos empapados de la ley, se escandalizaron al ver que los apóstoles cortan unas espigas para poder comer. Era entonces un sábado y los preceptos les parecían claros: un hijo de Israel, en esa fecha, debía descansar. Los fariseos vivían intensamente preocupados de lo que hacían los otros y su mirada estaba siempre cargada de sospecha y de condenación. Buscaban la perfección por la fidelidad escrupulosa a los preceptos. Ante el error o la debilidad ajenos, ellos preferían escandalizarse antes que comprender. Hacían la vista muy dura a los demás y por eso mismo hacían muy difícil su propia existencia. Es esta la actitud de aquellos que, olvidando el espíritu, se encapsulan en la ley. Este modo de proceder impide discernir y, al aprisionar al hombre en estrecheces, le corta, sin quererlo, las manos al Señor. El problema es eterno y por eso es actual.

¡Qué distinto fue en eso Jesucristo! Les enseñó a sus discípulos que el día de reposo había sido hecho para el hombre y que Dios era su padre. Que la verdadera intelección de la Escritura lleva necesariamente a la misericordia y a la genuina libertad que es más exigente que la ley. Impresiona constatar cómo la palabra de Dios puede ser leída con espíritus tan diferentes.

Los fariseos escandalizados al ver a los discípulos condenan preguntando: “¿Por qué hacen tus discípulos algo que no está permitido?” Jesús respondió volviendo a la Escritura y recordando el caso de David... “¿No han leído ustedes lo que hizo David?” El Señor hacía referencia a una ocasión en que el Rey y sus compañeros entraron en la casa de Dios porque tenían hambre y comieron los panes consagrados que sólo podían comer los sacerdotes. “El sábado ha sido creado para el hombre” y “lo que quiero es que sean compasivos” (Mt. 12, 7).

Esta respuesta es esencial para entender la verdadera moral cristiana y para captar el mensaje de Jesús sobre el hombre y sobre Dios. El cristianismo sólo se entiende si genera hombres libres, con la conciencia de ser en este mundo hijos y no esclavos de su Dios. Y en estos tiempos de desconciertos y cambios es de máxima importancia que seamos capaces de vivir y transparentar esta realidad.

En una sociedad marcada por muchas inseguridades, cambios y temores, cuando muchos al traspasar toda barrera caen en un cierto libertinaje, es normal que algunos se tranquilicen sembrando los caminos de barreras para que nadie yerre. Quien no se mueve y nada arriesga no puede equivocarse, pero, en verdad, no vive. Muchos prefirieron amordazar la vida en vez de señalarle un rumbo que la oriente. Parece más seguro decirle al transeúnte: ¡No se puede! ¡Está prohibido! ¡Es pecado! Pero la libertad supone ciertos riesgos y está en el corazón del cristiano formar personas que sabiéndose hijos se atreven a asumir los desafíos. Ser hijos es un proyecto centrado en el amor que genera relaciones de confianza frente al Señor y de gran compasión y fraternidad hacia los otros hombres. La intransigencia, la dureza, la estrechez y el libertinaje egoísta aparecen cuando no se ha entendido la humanizadora exigencia del verdadero amor. El fariseo busca la paja en el ojo del otro, el discípulo de Cristo es por esencia un hijo y un testigo de la misericordia.

“¿No han leído lo que hizo David?” En nuestra vida personal, profesional y comunitaria es importante preguntarnos si se manifiesta la libertad y la misericordia del cristiano. Es ése un sello que marca al discípulo de Jesús.



Es una pregunta que el Maestro podría repetirle al cristiano de hoy. Ella trasluce dificultades serias y una crisis en la Iglesia naciente. Los hombres se cerraban. El pueblo de Israel pedía más señales. Jesús se vio acosado por esas insistencias y, comprendiendo que era difícil avanzar más allá, decidió ir al fondo de su revelación. Entonces empezó el gran desbande. En tales circunstancias la crisis permitió a los discípulos atravesar los signos y llegar al misterio. Tal vez es el camino que tiene cada uno de nosotros para alcanzar la luz.

¿Ustedes también quieren irse? Esta pregunta no está dirigida a los que no aceptan la fe sino a los discípulos en medio de su desconcierto, porque el creyente también pasa noches oscuras y puede sentir distancia ante su Dios y ante su Iglesia. El seguidor puede cansarse en el camino y seguir otras rutas.

Entre los discípulos de Jesús, algunos se alejaron porque la doctrina era dura; otros, como los que iban camino de Emaús, partieron después del Viernes Santo con su esperanza hecha pedazos.

Es humano perder las esperanzas. Es bueno por eso reflexionar sobre los que se desilusionan. La Iglesia desde sus comienzos ha conocido los desgarrones. Grupos enteros se han alejado de ella construyendo otras tiendas. El problema adquiere hoy candente actualidad. Tal vez pasó el tiempo de los cismas y las guerras religiosas. Muchos de los que hoy se alejan lo hacen en silencio. Parecen haber perdido la ilusión. Van abandonando el interés, dejan de participar y de repente se sienten distantes de su madre. Se cree en el Señor y no en la Iglesia.

Un punto de doctrina, el modo de gobierno, las riquezas, un escándalo o la propia debilidad hacen que muchos no se sientan en casa en este templo. Algunas de esas desilusiones tienen también su origen en la dificultad del hombre para creer.

En realidad cuesta aceptar la pequeñez y la opacidad humana como lugar del encuentro con Dios. Por eso muchos prefieren irse. Es delicado este partir que rompe las fidelidades más profundas. Puede haber semillas de ese alejarse en nuestros propios corazones. Es bueno entonces releer el Evangelio y hacernos personalmente la pregunta que Jesús formuló a los doce: ¿Ustedes también quieren irse?

Detrás de esa pregunta existe un gran conflicto. Los hombres no aceptaron que el hijo de un pobre carpintero, con domicilio conocido en un mísero pueblo pudiera haber bajado del cielo y ser la vía para llegar a Dios. “¿No es este el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?” (Jn. 6, 42). Les resultó difícil de comprender el camino de la encarnación. No pudieron aceptar a Dios hecho cercanía y debilidad. En parte ese conflicto subsiste también hoy porque la Iglesia, la institución humana, es el último eslabón de la lógica de Dios. La encarnación llega hasta la aceptación de una institución conformada por hombres como Cuerpo de Jesús de Nazaret y como continuadora de su obra en la tierra. Es duro de aceptar porque donde hay hombres hay división, ambigüedades y ambiciones, defectos y pequeñez. Donde hay seres humanos hay siempre razón para el escándalo y muchos querrán partir.

¿Ustedes también quieren irse? Esa pregunta se replantea hoy. Pedro respondió en nombre de los doce: ¿A quién iremos? Tú sólo tienes palabra de vida eterna. El apóstol acepto ahí el humilde camino de la encarnación y de la Iglesia. Él reconoció que la cercanía de Jesús supone aceptar la humanidad nazarena de Cristo y seguir en el grupo de los doce.

La fidelidad a Jesús pasa por la mediación de esta contradictoria comunidad humana. Esta comunidad hecha Iglesia escribió y nos transmitió los Evangelios. Ella nos entrega hoy los sacramentos y nos alimenta con el cuerpo de Jesús.

La crisis puede ser la ocasión para descubrir el misterio de este camino humano de Dios. Eso nos permite pasar de una pertenencia a la Iglesia puramente sociológica, a una adhesión de fe más personal, capaz de superar los escándalos. Pero esa adhesión es un regalo, es una vocación porque “nadie puede venir a mí si el Padre no lo trae”.

¿Ustedes también quieren irse? Que Pedro ayude a cada uno de nosotros a responder como él: “¿A quién vamos a ir? Tú sólo tienes palabra de vida eterna”.

25

“¿POR QUÉ ME PEGAS?”  
(Juan 18, 23)

Maltratar al hombre, imagen de Dios, es siempre un sacrilegio. Pero en esta ocasión el golpe fue directo al rostro del Señor. La humanidad escuchó entonces la pregunta que hoy día nos ocupa: “¿Por qué me pegas?”

La noche estaba gélida. Un grupo hacía ronda en torno al fuego. En la casa de Anás, el Sumo Sacerdote interrogaba a Jesús, pero los dados estaban ya echados porque convenía que un hombre muriera por el pueblo.

En verdad fue una parodia de justicia, donde los grandes de Israel cerraron su corazón a quien por siglos habían esperado. Generación tras generación el pueblo siguiendo las promesas y cuando llegó la hora en que se cumplían las grandes esperanzas, los ancianos expertos en Moisés y los Profetas fueron incapaces de discernir la presencia de Dios en medio de su pueblo. Extraña cerrazón. El hombre que desde Adán añoraba ser como Dios, no aceptó que Dios se hiciera hombre y lo acusó de blasfemias. En ese momento supremo de la revelación, el hombre golpeó a Dios. Le tapó la boca de un manotazo porque el Señor le revelaba que estaba compartiendo su destino. Maniatado y humillado, Jesús le dijo a la humanidad que Él estaba ahí para recalentar por dentro los corazones fríos.

En esa tarde, Jesús también le reveló al Sumo Sacerdote que Él ya no hablaría porque nos cedía la palabra a los que lo conocíamos y lo habíamos escuchado; que Él para siempre confiaría en nosotros. “¿Por qué me preguntas a mí?” Pregunta a los que me han escuchado” (Jn. 18, 21).

Pegar es un signo de debilidad que deshumaniza, que nos hace agresivos con Dios y con el hombre y que destruye las relaciones de fraternidad. Hay muchos modos, a veces sutiles, de golpearlos los unos a los otros y hacernos mal. Es esta una manera desnaturalizada de relacionarnos. Por eso todavía resuena la pregunta y sigue siendo actual: “¿Por qué me pegas?” Esta pregunta adquiere una inmensa amplitud si se toma conciencia de que Jesús considera como hecho a Él cuando se hace a los pequeños y los débiles. Así se lo hizo saber a Saulo que perseguía a los cristianos cuando camino a Damasco le dice: “¿Por qué me persigues?” Jesús se identifica con todos los perseguidos; siente en carne propia las agresiones e injusticias. Cada vez que ofendemos, que hacemos sufrir, que usamos la violencia con un ser humano nos pregunta: ¿Por qué no eres hermano? ¿Por qué haces sufrir? ¿Por qué te afirmas hiriendo el rostro de tu prójimo?... pero más en el fondo, “¿por qué me pegas?”

Esta pregunta lacerante nos recuerda que el pecado más que la ruptura de una norma, más que el quebrantar una ley es una ofensa personal al Señor. Es un golpe que baja de las mejillas hasta repercutir en el corazón que más ha amado a los hombres; por eso en algún momento de la vida todos los que hemos querido tener una relación más íntima con Dios hemos sentido dirigida también hacia nosotros esta misma pregunta “¿Por qué me pegas?”

En esta pregunta se encierra un gran misterio. La Palabra que estuvo en el origen de todas las cosas, se calla. Pero su silencio cede el paso a una nueva voz. Abre una nueva etapa de la vida humana y de la historia de salvación. Es el momento de la Iglesia. “¿Por qué me preguntas a mí? Pregúntales a los que me han escuchado, y que ellos digan que les he hablado. Ellos saben lo que he dicho”.

La palabra eterna nos había sido dirigida de mil modos. Nos había hablado por las maravillas de la creación que reflejaban al Creador; nos había hablado, también, por los anhelos insaciables del corazón humano. Esa palabra que fue tejiendo siglo tras siglo la Escritura, se fue haciendo patente en la historia del pueblo de Israel y se expresó por los profetas que anunciaban al que iba a venir. Llegada la plenitud de los tiempos, esa palabra se hizo carne cuando Jesús de Nazaret nació de una virgen pura en un pueblito de Judá.

Para quien sabe oír y ver, ahí está, humanizada, la respuesta divina a las más hondas preguntas; ahí está la puerta del cielo y el único camino hacia la Vida. Es la Palabra de Dios que se hizo humana.

Habiéndose encarnado la Palabra, nuestros pobres oídos pudieron oír el diálogo interno de la Trinidad; pudimos ver con nuestros ojos lo invisible de Dios y tocar con nuestras manos a Aquel que es intangible.

Esa palabra no sólo nos reveló el secreto del misterio íntimo de nuestro Dios que es trinitario, en ella se nos hizo también patente el misterio del hombre y su destino. En su breve paso por la tierra, nos contó el infinito amor del Padre hacia nosotros y nos reveló el plan que el Señor tiene para colmar nuestros anhelos.

En el momento supremo de su vida, ante el Sumo Sacerdote, esa Palabra se calló, o mejor dicho, quiso que los discípulos respondieran en su nombre; que ellos tomaran el relevo: “¿Por qué me interrogas a mí? Pregúntales a los que han oído lo que he dicho.”

En ese momento central de su existencia, de algún modo nos pide que nos hagamos Palabra, que hablemos por Él que seamos sus testigos. Se trata de un nuevo paso de la encarnación. Eso supone que hemos escuchado un mensaje, y lo hemos conocido a Él íntimamente.

Esa pregunta es de inmensas consecuencias para nuestra vida. Al callar, nos invita a que reflejemos con nuestro ser entero su mensaje, y continuemos su presencia; que le prestemos nuestra propia humanidad a la Palabra eterna.

Fiel a este pedido, la Iglesia, comunidad de los creyentes, guardó la memoria de su Señor y lo anunció. Ella escribió los Evangelios y nos transmitió celosamente el “depósito de la fe”. Por esto tras esta pregunta hay también una invitación a que, con espíritu religioso, escuchemos a la Iglesia.

“¿Por qué me preguntas a mí?”... Ellos saben lo que he dicho... ¿Lo sabemos realmente? ¿Estoy realmente en condiciones de tomar el relevo? El Sumo Sacerdote quería conocer la verdad acerca de los discípulos y de las enseñanzas del maestro. ¿Qué podría contestarle yo? ¿Sería mi respuesta fiel a la Palabra eterna que por mí se hizo carne y que me llamó a su seguimiento? La fecundidad del Evangelio depende en parte de mi capacidad de reflejar en mi vida el rostro del Señor.

Pregunta larga y complicada que es crucial para la comprensión del Evangelio.

En un momento muy central de su vida, Jesús experimentó con dolor que su pueblo no se abría a Él. Ese pueblo que tuvo su origen en un acto de fe, a la hora decisiva, se cerró a la fe; cuando tuvo a la mano la clave de todos sus misterios no supo descifrarla. Ese pueblo que había recorrido los desiertos

buscando la tierra prometida, que atravesó los siglos en pos de las promesas, que escrutó las palabras de los libros sagrados a la espera de la llegada del Mesías, cuando vio el rostro humano de ese Mesías no lo reconoció. Pareció entonces que los sueños de Moisés, el clamor de Isaías y de los otros profetas fueron vanos. Ese pueblo elegido liberado de su prisión de Egipto no pudo dar el paso definitivo hacia su libertad. El Verbo de la vida puso su tienda de campaña entre los suyos pero “los suyos no lo recibieron” (Jn. 1).

Jesús adolorido comprendió el problema y dio una explicación: “¿Cómo podéis creer vosotros que buscáis la gloria en los otros y que no buscáis la gloria que viene de Dios?” (Jn. 5, 44).

Esa pregunta es actual porque el hombre moderno experimenta también una gran dificultad para creer.

En medio del progreso, la humanidad experimenta una gran desazón. ¿No será que hemos puesto nuestra gloria, nuestro fundamento, nuestra felicidad en un lugar equivocado? Andamos buscando apasionadamente el reconocimiento de los otros, nos adaptamos a las modas más diversas tratando de ser reconocidos. Buscamos las riquezas, el prestigio, los títulos para ahogar en ellos el sentimiento de nuestra pequeñez. Formulamos recetas de pacotilla para sanar dolores y desconciertos del alma. Y en medio de ese mundo, nos cuesta dar el paso de la fe.

La fuente de toda increencia radica en la búsqueda desordenada de la propia gloria y en el andar mendigando el prestigio que da este mundo. Todos sabemos que el mundo, premia a los suyos, a los que comparten sus criterios. Sin embargo, no existe encierro más estrecho que la búsqueda autorreferente o errada de la felicidad sin referencia a Dios.

El fundamento de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, es el amor que Dios nos tiene. La felicidad sin ocaso radica en hacer nuestra la voluntad del Señor.

El hombre es creado para amar y servir a Dios compartiendo eternamente su ternura. El Señor es el origen y el fin; es la fuente y el horizonte de nuestro existir. Como seres humanos no andamos errantes, no deambulamos sin sentido entre estrellas vagabundas. Tenemos un sendero. Ese camino comienza en Dios y en Él termina. En esa ruta se encuentra la verdad del hombre. Toda otra vía es un laberinto que no tiene salida.

Por eso es bueno preguntarse: ¿Dónde colocamos nuestra paz? ¿Hacia dónde miran nuestros ojos cuando ellos se cansan? A la hora de hacer nuevos proyectos, en el momento de soñar nuestra realización más honda, ¿cuál es la fuente de toda coherencia? Cuando hacemos nuestras opciones de familia, de trabajo, de estudio o de descanso, ¿qué sitio ocupa Dios?

Una cultura que tiende a poner el yo como centro de toda referencia y la autorrealización como meta del individuo, se cierra el mensaje central del Evangelio, seca la fuente de la paz. Un yo avasallador va tronchando todo altruismo. A esa cultura Jesús le recuerda hoy que el hombre sólo llega a su plenitud abriéndose a su Dios.

En Jesús comprendemos que la gloria de Dios no se opone a la gloria del hombre; que no hay antagonismo entre Dios y su criatura; que no estamos en competencia arrebatándonos uno al otro la existencia. La gloria de Dios es nuestra propia gloria y nuestra verdadera gloria llena de gozo el corazón de Dios. Quien ama a Dios con pasión y quien se sabe amado apasionadamente por Dios, vive con mucha sencillez la plenitud que da el amor. A este acto total de confianza, de comunión y entrega no se puede llegar si uno pone su razón de ser fuera de Dios. “¿Cómo puede tener fe quien busca su gloria en los otros y no busca la gloria que viene de Dios?”

“¿NO HABÉIS PODIDO VELAR UNA HORA CONMIGO?”

(Mateo 26, 40)

Esta pregunta de Jesús manifiesta un misterio asombroso. Ella cambia en profundidad la idea que nos hacemos de Dios y nos hace percibir la “debilidad” del Señor. Aquí se expresa la locura de Dios que es más sabia que todas nuestras sabidurías. Detrás de esta pregunta hay una revelación: El Todopoderoso, hecho hombre, nos necesita. La humanidad de Dios es tan humana que echa de menos nuestra cercanía.

En la hora del amor total, después de haber entregado su cuerpo y su sangre, Jesús siente la angustia de la decisión última.

Se dirige al huerto para decirle a su Padre, en la intimidad, que sólo quiere hacer su voluntad. En ese momento se juega el todo de su vida y la validez de su mensaje. No quiere estar solo en tal instante. Tomando a los más íntimos les suplicó que velaran con Él. Como nunca, entonces, necesitó a los que en la cena llamó amigos... pero ellos se durmieron. Los había elegido para que estuvieran con Él y en el momento de mayor necesidad se les cargaron los ojos de sopor y el temor pudo más que la amistad. “¿No habéis podido velar una hora conmigo?”

En medio del dolor del mundo, esta pregunta vuelve a resonar en nuestro oído. La humanidad de Dios nos pide cercanía..., cercanía a Él y a los que sufren. Cuando una pareja joven recibe a un hijo deforme, cuando un hombre ve morir a su esposa, ante una enfermedad incurable del amigo o ante el fracaso de todos los proyectos sólo queda callar y acompañar. Pero eso no tiene precio.

Para acompañar no se necesita ser ni muy sabio ni muy inteligente ni muy rico. No hacen falta palabras. Allí sobran las cosas. Se necesita olvido de sí mismo para estar cerca del alma. Es muy simple. Es necesario no pensar tanto en las penas propias ni en los defectos o proyectos. A menudo le ofrecemos a Dios nuestro trabajo, pero en la hora del huerto no se trata de que trabajemos por Él ni que lo ayudemos a continuar su obra. Eso por cierto es necesario... pero la tarea más importante de los apóstoles y de los cristianos es más honda y misteriosa. Esta pregunta nos quiebra los esquemas y establece una relación que nunca podríamos soñar. Dios nos pide que en la hora suprema de su dolor y de su entrega, estemos cerca acompañándolo al menos una hora. Dios se pone a nuestra altura. Tal vez mejor, se pone más bajo que nosotros.

Nos queda el consuelo que nadie es tan pequeño que no pueda acompañar a Dios... y acompaña mejor el que es más pobre, el que ha sufrido, el que calla y escucha. No es mejor acompañante el que es más fuerte, sino el que es más humano.

Mientras haya sufrimiento en el mundo esta pregunta seguirá resonando. ¿Desde dónde me pide hoy Jesús que vele con Él: Dios quiera que al caer la noche el Señor no tenga que repetir esa pregunta. “¿Cómo podéis estar durmiendo?” “¿No habéis podido velar una hora conmigo?”

El Evangelio nos dice que esta pregunta le salió a Jesús de lo hondo del corazón. Él acababa de multiplicar los panes para dar de comer a la multitud y los fariseos, en lugar de abrirse a la verdad pidieron otro signo, una señal del cielo. El Salvador sintió su impotencia ante esos corazones que se cierran y “dando un profundo gemido desde lo íntimo de su ser, dijo: ¿Por qué esta generación pide una señal?” (Mc. 8, 12).

Como Dios se cansó de su pueblo, Jesús vio que no existía en su generación la disposición de penetrar en el Signo que Dios daba a través suyo. Era una historia repetida. Los israelitas mientras

caminaban por el desierto detrás de las promesas vieron un día que el hambre y la sed borraba todos los senderos. Volvieron sus miradas al pasado y añoraron las cebollas que comían en Egipto. No soportaron la prueba del camino y decidieron probar ellos mismos a Dios. Prefirieron ser esclavos antes que confiar en un Dios inasible. Dudaron de un Dios que iba adelante pero que no se dejaba encadenar. El pueblo quería tocar y ver, quería signos y símbolos, y Dios hablaba a la distancia perdido entre los truenos. Dios hacía una promesa y una invitación.

La vida de la fe tiene, como el caminar de los israelitas, momentos de oscuridad y de prueba. Llega la noche que ennegrece la marcha y que obliga a la fidelidad, a mantener el rumbo con la esperanza de la aurora. Fácilmente en esa situación se rompe la actitud creyente. Cuando se entra en el momento de la desolación e incertidumbre las pruebas se desvanecen, las certezas parecen deshacerse y lo que, en un momento, se vio con claridad, se hace noche. Entonces se piden signos y más signos; se piden pruebas y certificaciones. Nada parece satisfacer la sed de verificación. En esas circunstancias se hace imposible el lenguaje de la fe y con ello los ojos se van haciendo cada vez más opacos para descifrar las señales. Olvidando el lenguaje simple y elemental del Evangelio, se buscan apariciones, extrañas revelaciones, milagros y prodigios, o se pide un tipo de certeza que es propio de las matemáticas. Ante las propias dificultades, se le pide a Dios que se manifieste, se le somete a examen riguroso para ver si puede con prodigios testificar el hecho de ser Dios.

No se trata de que los signos sean malos. La Iglesia ha defendido siempre el derecho del hombre a usar su razón y ha anunciado que el cristianismo es razonable; pero con San Pablo, y con sano realismo, conoce los límites de esa razón para llegar al misterio. Intuye que la razón orgullosa estrecha la mirada. Por eso ha insistido en la necesidad de que la razón humana se abra a la verdadera sabiduría porque “la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres”... “Mientras los judíos buscan signos y los paganos sabiduría, nosotros predicamos un Cristo crucificado: escándalo para los judíos y necedad para los gentiles”. Los fariseos estaban dispuestos a interpretar signos astrales, señales asombrosas pero eran incapaces de discernir los signos de los tiempos, la presencia de Dios en la historia. La cruz, como signo, resume la lógica de Dios y se manifiesta en otros signos que muestran la presencia entre nosotros del Reino: “los ciegos ven y los pobres son evangelizados”.

Frente a Tomás que pedía ver para creer, la Iglesia ha repetido que es necesario creer para ver. La fe abre los signos como el amor abre los ojos para entender a las personas. Desde lo más profundo de la experiencia del amor y de la fe uno comprende a verdad de la frase tradicional: “cree para que llegues a entender”. Desde el amor y la fe, la Cruz es luminosa; los pobres nos hablan del Señor; los que lloran son bienaventurados.

¿Por qué esta generación pide un signo? Porque nos cuesta abrirnos a la señal definitiva: el Hijo del Altísimo colgado de la cruz y resucitado por amor a nosotros. Sólo quien tenga los ojos finos para descubrir el misterio de Dios y el misterio del hombre podrá comprender y aceptar el Mensaje de Jesús.

30

“¿VES A ESTA MUJER?”  
(Lucas 7,40)

Jesús era el invitado en una casa principal. Simón, un fariseo le había rogado que cenase con él. Entonces, de improviso, se presentó en la cena una mujer reconocida en la ciudad por sus pecados.

Mientras esa mujer besaba los pies del Señor y los ungía con perfume, se fue haciendo evidente en la mente del fariseo que el Señor no era profeta porque no reconocía a los pecadores; porque no los apartaba de su cercanía. El anfitrión miraba sin ver realmente lo mejor de esa mujer en llanto.



Jesús en esa noche nos entregó una de sus más profundas enseñanzas. Nos dio una lección de humanidad porque invitó a mirar al ser humano como lo hace Dios. Volviéndose a Simón, le pidió atención pues tenía algo importante que decirle.

Y le contó una historia de prestamistas y deudores para que entendiera que a quien se le condonan deudas grandes tiene muchas razones para amar. Pero el Señor fue aún más lejos. Contemplando a esa mujer enriqueció su historia.

-¿Ves a esta mujer?

Nos sabemos como era su apariencia. Tal vez tenía las muestras de su oficio. Pero sabemos que ella ocultaba un gran misterio humano: bajo los atavíos de esa mujer públicamente pecadora había lugar para la ternura verdadera, para la humildad y para que Dios pudiera entrar en ella como a su propia casa. En esa mujer se entrecruzaba un doble misterio de debilidad y amor. Por eso ella era capaz de recibir el perdón y acoger la paz.

El Señor descubrió en esa mujer despreciada por todos, un fondo de verdadero amor; ella era la prueba que los más duros pecadores, en su debilidad, pueden también amar. Viéndola a ella, Jesús completó su enseñanza: no sólo ama aquel que es perdonado, sino que es perdonado aquel que ama; el amor no es sólo fruto del perdón, sino en cierto modo es su causa. Y ese día se abrieron las puertas del regreso y la misericordia a muchos que se sentían lejos y sin derecho al perdón.

En esa pregunta Jesús nos invita a limpiar nuestras pupilas para llegar a ver: ¿Ves a esa mujer?

Es importante calibrar la hondura que alcanza el mirar de nuestros ojos. Cuando se mira a un hombre o a una mujer, sólo merece el nombre de mirada aquella que atraviesa el exterior y llega hasta las fuentes de lo humano; aquella que no queda entorpecida por las apariencias.

Esto nos da una enorme esperanza a quienes sabemos que coexisten en nuestro ser un amor grande y una debilidad no menos grande. En medio de los más reprobables extravíos, el ser humano puede anidar también un gran amor... y por ahí entra Dios con su perdón. Los que nos hemos esforzado vanamente por extirpar nuestros defectos, los que sin éxito hemos querido mostrar a Dios una libreta limpia, sabemos que hay un camino más corto y más seguro hacia Él: amarlo humildemente como la pecadora del banquete. Esa mujer nos abrió una puerta a la esperanza. En ella se posó la mirada penetrante de Dios hasta encontrar lo que es más suyo: el amor. Y esa mirada que la respetó, la comprendió y la transformó hasta su raíz.

Así mira Dios a los hombres.

Jesús al preguntarle a Simón si veía a esa mujer, le mostró que la verdadera visión no se detiene hasta llegar a los fondos de amor que hay en el corazón. Él enseñó que el mirar de Dios no es como el mirar humano porque sus ojos van a lo esencial. ¿Qué habríamos visto nosotros en esa mujer? ¿Qué vemos nosotros en nuestros compañeros de trabajo, en nuestros familiares, en las personas que cruzan nuestra vida?

A la luz de esta enseñanza, rompiendo prejuicios, condenaciones y rechazos, vale la pena marchar a lo esencial y mirar como mira Jesús.

## SEGUNDA PARTE

### PREGUNTAS DEL EVANGELIO

Los hombres y mujeres que se encontraron con Jesús, a lo largo de su vida, se fueron formulando numerosas preguntas. Muchas de ellas expresan las dudas que eternamente se ha formulado el ser humano cuando enfrenta el misterio. Tal vez, en su forma simple, reproducen interrogantes que nosotros mismos nos hacemos o le hacemos a Dios. Como fuimos meditando en estas páginas las Preguntas de Jesús, deseamos ahora analizar la larga serie de preguntas del hombre. Meditaremos a partir de las siguientes páginas las Preguntas del Evangelio.

1

“¿Y TÚ VIENES A MÍ?”  
(Juan Bautista a Jesús. Mateo 3, 14)

Esta pregunta muestra el desconcierto que provocó desde el comienzo el evangelio de Jesús. Los criterios humanos de éxito, de triunfo, de poder se trastocaron, abriendo una vía insospechada que después de veinte siglos no acabamos de entender.

Juan era un hombre santo, el más grande de los hijos de mujer, que dedicó su vida entera a preparar la llegada del Señor. Austero y solitario, predicó un bautismo de conversión al que acudían todos los pecadores de Israel. Para oírlo, bajaban al Jordán hombres y mujeres de todas las condiciones. Era una

larga fila de miserias, una caravana quebrantada, que esperaba purificarse para abrirle atajos rectos a la llegada del Señor. Junto a las aguas del río encontraban al profeta pobremente vestido, insobornable, que predicaba con fuerza, anunciando que el hacha estaba puesta en la raíz.

Todos esperaban que luego de la purificación, pasado este momento de congoja y conversión, se abrirían los caminos para que pudiese entrar por fin a Sión un rey glorioso, lleno de poder, capaz de destruir por la fuerza los imperios del mundo. Israel esperaba un Mesías que enjugara las lágrimas, sometiera a los opresores y vengara las humillaciones seculares de ese pequeño pueblo escogido por Dios.

Juan fue el primer desconcertado cuando el Espíritu le hizo comprender que el Esperado en lugar de venir por las amplias avenidas, bajaba hasta el Jordán confundido en un mismo sendero con los más necesitados. En medio de esa masa pecadora venía el Mesías. Era uno más. Humilde, incorporado a su pueblo, marchando por sus mismos caminos, despojado de fuerza y de poder, bajaba hasta las aguas que acogen la debilidad humana... “¿Y tú vienes a mí?” Muchos quieren ir hacia Dios, y se extrañan cuando experimentan que es Dios el que viene.

Con ese gesto desconcertante, que indica que el poder de Dios va por un camino diferente al que imagina el hombre, se inició la vida pública y Juan empezó a entender que “el Reino de los Cielos estaba cerca” pero de un modo diverso al esperado.

No era un rey, era un hermano; no era un guerrero portentoso sino un sencillo viandante en todo semejante a los demás.

El Bautista se sintió indigno. Como una respuesta a la oposición de Juan a bautizarlo, Jesús le dijo que era necesario cumplir lo que Dios había ordenado. Y ahí estaba el misterio. Dios no quería imponerse, ni quería sacar a los hombres de este mundo, sino compartir con ellos a fondo la existencia. Dios se hacía presente en medio de la vida cotidiana. Era preciso, sin embargo, limpiarse los ojos para verlo en ese andar común. El misterio del evangelio es que el Señor viene y que nadie, por pequeño que sea puede sentirse excluido de esa venida.

¿Y tú vienes a mí? Por débiles que seamos, por pequeños que nos sintamos, la pregunta de Juan nos permite descubrir en qué consiste el mesianismo de Jesús. Él golpea humildemente mi puerta para entrar en mi casa, aunque sea indigna, para quedarse y morar en ella. Él viene a mí. Se hace como yo, habla mi lenguaje, asume mis miserias.

La pureza, el servicio, la entrega fraternal son los signos de un reino nuevo. Por eso, cuando Jesús confundido con la escoria humana bajó al Jordán, se abrieron los cielos y el Padre anunció que ese era su hijo amado objeto de su complacencia. En ese momento de soberana humildad y obediencia comenzó el anuncio público del Evangelio en esta tierra y el Señor se hizo Emmanuel... “Dios con nosotros”. Ahí se nos abrió el consuelo y la esperanza. Esto no puede dejar de sorprendernos y por eso repetimos la pregunta de Juan: “¿Y tú vienes a mí?”

## 2

“¿ERES TÚ EL QUE HA DE VENIR O HEMOS DE ESPERAR A OTRO?”

(Discípulos de Juan Bautista a Jesús. Mateo 11, 3)

Esta pregunta, que en el ocaso de su vida mandó a hacer Juan, nos conmueve y extrañamente resume una inquietud que muchos hoy comparten.

No hay duda alguna, Juan le jugó limpio a Dios. Él, que era un hombre de fe sólida y firme, dedicó su existencia enteramente a preparar los caminos para la llegada del Señor. Como todos los justos de su pueblo esperaban la aparición gloriosa del enviado de Dios que vendría finalmente a imponer el orden nuevo. Nada sería ambiguo, por fin se haría luz en un mundo de dolor y de tinieblas. Él consagró toda su existencia a ensanchar las rutas para ese amanecer.

Sin embargo, y en el atardecer de su vida, cuando el hombre merece reposar recogiendo los frutos maduros de su esfuerzo, Juan sintió un embate estremecedor que lo hizo preguntarse: “¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?”

Dos hechos parecían conmover sus certezas: su propio fracaso y el mensaje humilde de Jesús. Ese hombre que se ganó el respeto universal en Israel por su altura moral y su valor, terminaba sus días en la cárcel prisionero de Herodes. Los caminos anchos que él había anunciado se convirtieron en un estrecho calabozo. La liberación prometida se había transformado para él en un cepo horroroso. No dudaba de la promesa de Dios pues seguía esperando, pero percibía el error de su vida y de su predicación dedicada a anunciar la inminencia de un rey que no venía. Es la duda lacerante del sentido que, en definitiva, tiene aquello por lo cual uno se ha jugado y ha trabajado en la vida. Es la pregunta que se hace un padre al dudar, cuando ya no hay reparo, de la educación que ha dado a sus hijos. Es la pregunta que se hace el apóstol cuando ve la ineficacia del mensaje anunciado con empeño y sacrificio. Es la pregunta de quien vive el fracaso y el sin sentido de su obra. Todos queremos cosechar el fruto de nuestros trabajos y nos duele constatar que no veremos el tiempo de la siega o que definitivamente no recogeremos lo esperado.

Pero tal vez más que eso, desconcertaba a Juan al oír que el mensaje y el comportamiento de Jesús no parecían responder al modelo de Mesías añorado. El que se retiró al desierto y ayunó duramente, oía desde la cárcel que Jesús trataba con la gente, asistía a banquetes y terciaba con publicanos y pecadores. En lugar del hombre poderoso veía aparecer a alguien que parecía ser sólo un hombre más... el humilde hijo de José. Esa angustia vital la compartía con sus discípulos que enviados por él fueron a preguntar si de verdad el Señor era el que iba a venir o debían esperar a otro.

Jesús les respondió a los mensajeros que todos los postergados de la tierra verían en Él y en sus palabras la posibilidad de alcanzar la verdadera libertad. Con su respuesta el Señor fue de lleno a lo más profundo de las profecías que anunciaban la presencia de un Dios liberador.

La pregunta de Juan ha atravesado el tiempo y llega hasta nosotros. Muchos se desconciertan porque el Evangelio no se impone, porque con frecuencia parece retroceder y porque la misma Iglesia parece hecha de una extraña debilidad. Los cristianos con frecuencia, cuando hemos gozado de poder, hemos pretendido imponer por la fuerza la verdad y la historia se ha encargado con porfía de dejar incólume la cizaña en medio del trigo.

La respuesta de Jesús nos invita a resituarnos las esperanzas porque Él les ofrece a los pobres, a los ciegos, a los pequeños una Buena Noticia. Cuando uno experimenta situaciones límites de dolor y de impotencia tiene la posibilidad de volverse al Señor para poner sólo en Él la esperanza... y cuando alguien se encuentra finalmente con Jesús deja de esperar en tantos otros mesías que el mundo anda ofreciendo. Por eso termina su respuesta a los enviados de Juan diciendo que son felices los que no pierden su confianza en Él.

### 3

“MAESTRO, ¿DÓNDE VIVES?”

(Juan 1,38)

Esta pregunta tiene importancia en la historia de las religiones.

La humanidad entera ha buscado siempre dónde encontrar a Dios. Ha querido conocer un lugar seguro para acudir allí a descargar sus penas. A veces ha creado un sitio sagrado para evitar que la divinidad se mezcle peligrosamente con la vida ordinaria. Un Dios localizado más fácilmente está a nuestra disposición perdiendo la grandeza del verdadero Dios.

“¿Dónde vives?” Para unos la divinidad escondía su misterio en la oscuridad temible de los bosques; otros, como los griegos, pusieron su panteón en la montaña. Algunos, buscando cercanía, sacralizaron una roca o un árbol milenario. Muchos pueblos prefirieron labrar una figura o fundieron, con

sus metales un ídolo para ofrecerle a él sus sacrificios. Ellos olvidando que ese ídolo había sido labrado por sus propias manos terminaron identificándolo con su dios, encerrándolo en un templo. Allí concentraron su culto convirtiendo en profano todo lo que estaba fuera de esas murallas santas. Los chinos desarrollaron una religión que daba un lugar central a la capilla de los dioses familiares. En las grandes migraciones cargaban entre sus bártulos aquellas divinidades tutelares, cercanas y sin muchas pretensiones de grandeza. Finalmente unos pocos prefirieron como lugar santo la religión ignota de los cielos.

A menudo la idolatría no consiste tanto en adorar un dios falso, sino en buscarlo en un lugar equivocado. Muchos han puesto toda su esperanza, le han dado sentido al conjunto de su vida en la búsqueda del dinero, en el servicio a la patria, en el éxito político, en la belleza física, en el triunfo social, profesional o deportivo. Sin quererlo han buscado a Dios en un pequeño encierro. A la pregunta, “Maestro, ¿dónde vives?” han respondido con un sitio que achica a Dios, convirtiéndolo en ídolo.

En su larga historia, Israel siguió casi todos esos caminos sintiendo la necesidad de contar con la cercanía de Dios pero descubriendo que su Señor, creador del Universo, no podía limitarse a la estrechez de su encierro. En el desierto vieron humear la cumbre de una montaña, construyeron una tienda de campaña que los acompañaba llevando en su interior el Arca; golpeados por la soledad construyeron un becerro que les permitiera ver y tocar la presencia de Yahvé; asentados en Israel construyeron en la cumbre del monte Sión un templo que fue una de las maravillas del mundo y allí fueron a adorar... Pero las invasiones y las guerras les fueron arrebatando esos lugares hasta que un día Jesús les enseñó que había llegado el tiempo en que ni en este monte ni aquel adoraríamos a Dios sino que tendríamos que purificarnos para adorarlo en “espíritu y en verdad”. Por eso no es extraño que el evangelio de Juan en sus inicios haya puesto la pregunta que comentamos. Dos discípulos que habían intuido el misterio quisieron saber dónde habitaba Jesús.

El Maestro, que no tenía donde reclinar la cabeza, que no vivía en un lugar conocido los invitó a compartir la vida. “Vengan y lo verán y se quedarán con Él ese día”.

El evangelista no nos dice donde vivía Jesús, no nos describe la tienda en que acampaba porque más que encontrar una casa o un templo, lo encontraron a Él, lo conocieron a Él y se encontraron con Él. Por eso su primera expresión, luego de aquella tarde, fue “hemos encontrado al Mesías”.

El Señor les enseñó a los suyos que el verdadero templo, el lugar de la presencia del Dios infinito era su persona y que seguirlo a Él era encontrar el camino para llegar al Padre. Él era en este mundo la presencia visible del Dios invisible.

#### 4

### “¿QUIÉN SERÁ ÉSTE DE QUIEN OIGO CONTAR TANTAS COSAS?”

Hay preguntas que no merecen contestación porque están mal planteadas o porque son hechas desde una perspectiva que es incapaz de abrirse a la respuesta. Cuando preguntamos algo ¿nos interesa realmente lo que se nos responde? ¿Estamos dispuestos a escuchar? ¿Qué buscamos, en verdad?

La persona de Jesús invitaba a sus contemporáneos a indagar la razón de su misterio. Muchos de los que se encontraron con Él, se preguntaron: ¿Quién es éste? Pero mientras que para algunos la pregunta era vital y decisiva, para otros no pasaba de ser una mera curiosidad, pues no estaban dispuestos a dejarse interpelar.

La pregunta que consideramos no nació ciertamente de un interés profundo. La formuló Herodes por una mera curiosidad. Este hombre era un reyezuelo que gobernaba por encargo de los romanos la región de Galilea. Se aferraba al poder a cualquier precio aunque ese poder que detentaba era más aparente que real, pues no tenía raíces en la cultura del pueblo que le estaba encomendado. Mundano y débil llevaba una vida que le había merecido la reprensión de Juan Bautista. Como toda su familia, Herodes vivía para congraciarse con culturas ajenas, y por eso era incapaz de soportar la autoridad que emana de la verdad. En eso se parecía a Pilato.

El evangelio nos cuenta que a la hora de la pasión, Jesús fue enviado por el gobernador romano donde Herodes y que éste se “alegró mucho pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera”. Este ser superficial ansiaba un rato de entretención más que un encuentro. Él no era un hombre de búsquedas sinceras nacidas de la necesidad humana. Tenía curiosidad y procuraba divertirse. Como a un hombre moderno, le gustaban los espectáculos y los shows, hasta perder la cabeza. Un baile de la hija de Herodías lo trastornó y llegó a ofrecer la mitad de sus dominios para continuar la fiesta. Este hombre voluble y sensual pretendía acercarse a Jesús, pero no para abrirse al misterio. Ese tipo de hombre sin hondura, frívolo, sin escrúpulos, difícilmente se abre al Evangelio. Sus preguntas no pretenden llegar a la verdad porque se aterra de encontrarse con ella. Por eso es razonable pensar que él, en realidad, no buscaba conocer al Señor. Él quería verlo (Lc. 9, 9) por los prodigios que el Señor hacía. Se hizo la pregunta “¿quién es éste de quien oigo tantas cosas?” No fue por un deseo de dejarse interpelar, ni por necesidad de conversión en su existencia. Era para pasarlo bien tan sólo un rato.

Jesús fue duro con él. Lo llamó zorro y cuando estuvo prisionero en su presencia no quiso entrar en la lógica del espectáculo, como insistentemente se le pedía. El Señor dignamente se calló.

La pregunta sin respuesta de Herodes abre ciertamente interrogantes sobre nuestra propia vida. Vivimos una época en la que a menudo es necesario matar el tiempo, se montan shows estelares y fiestas que son “eventos”, donde la risa, la canción y el chiste son más una máscara que la expresión de alegría humana. Estamos todos tan preocupados de nuestro propio éxito, tan temerosos ante la posibilidad de nuestro fracaso, que difícilmente nos interesamos con toda el alma en las preocupaciones o necesidades de los otros. Cuando preguntamos como Herodes “¿quién es éste?”, más que interesarnos por el otro queremos saber si él puede reportarnos algún beneficio.

Cuando uno se acerca a los otros con preguntas que en realidad no son preguntas, porque no nos interesan las respuestas, o porque en verdad no nos interesan los otros, nos hacemos incapaces de romper el cerco de nuestra soledad. Quedaremos envueltos en nosotros sin llegar jamás a conocer al hombre y mucho menos a Dios.

“¿Quién es este?” No hay pregunta más humana que ésta formulada un día por Herodes, pero la actitud superficial de aquel hombre la vació de contenido.

## 5

### “¿DE NAZARET PUEDE SALIR ALGO BUENO?”

(Natanael a Felipe. Juan 1, 46)

Natanael hizo esta curiosa pregunta. Él era un hombre recto y sin dolo. Estaba bajo la sombra de una higuera cuando vino Felipe de Betsaida a contarle que había encontrado al que tanto esperaban; aquel del cual habían hablado Moisés y los Profetas. Se trataba de un hombre proveniente de Nazaret, hijo de un tal José.

Esas señas le bastaron a ese israelita para cerrar sus puertas al encuentro. En lugar de aceptar el anuncio de su amigo, él lo rechazó con la pregunta agresiva que comentamos: “¿De Nazaret puede salir

algo bueno?” Era la fuerza inexorable del prejuicio. No podía creer que de un pueblo miserable de la Galilea pudiese salir el salvador.

Hoy, para nosotros, Nazaret está cargado de santidad y poesía. Todos rememoramos ese nombre con cariño y respeto, pero seguramente todos los hombres prudentes, todos los sabios de aquel tiempo le hubiesen negado a ese paraje montañoso, escondido y oscuro, el privilegio de tener en sus entrañas a las dos personas más importantes de la historia humana: María y Jesús.

La actitud prejuiciada de Natanael debe hacernos reflexionar. Ella pudo, entonces, hacer imposible para siempre el encuentro con Jesús; tal actitud podría hoy ensombrecer nuestro mundo.

No hay barrera más infranqueable que la de los prejuicios. Ella resiste toda las evidencias y permanece imperturbable en el tiempo. Los prejuicios achican las miradas, tranquilizan las conciencias ante atrocidades y hacen evidentes los argumentos más falaces.

¿Cuántas injusticias, cuántas guerras y cuántos malos entendidos tienen su causa más profunda en los prejuicios poco racionales que se transmiten de generación en generación? Los prejuicios de razas, de clases sociales, de sexos, de religión, han jalonado tristemente la historia humana.

Más aun, tenemos prejuicios sobre nuestros amigos y sobre nuestros hijos. Creemos conocerlos y les impedimos mostrarnos lo que ellos son. Muchas veces nos encasillamos a nosotros mismos pensando que no servimos para muchas cosas, que somos malos para los idiomas, que no somos capaces de aprender matemáticas, que no podemos hablar en público y eso suele ser una forma paralizante de prejuzgarnos.

¿Qué decir sobre los prejuicios existentes contra los servidores públicos, los políticos, los sindicalistas, los empresarios?

Los hombres nos encajonamos unos a otros en conceptos que se dan por sabidos y probados. Los prejuicios nos han hecho creer que las mujeres son menos inteligentes, que los pobres son flojos, que los jóvenes... que los negros... que los judíos... que los chinos... “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”

Tenemos prejuicios sobre el mismo Dios a quien no lo dejamos ser un humilde nazareno y, mucho menos, asumir como propio el rostro de los postergados de este mundo.

Parte importante de la cultura que modela nuestro espíritu está formada por prejuicios que hacen imposible el encuentro entre los hombres e impide reconocer a Dios que está en medio de nosotros.

El Evangelio debería abrirnos el corazón. Para romper la cerrazón, Felipe no encontró otro modo mejor que invitar a Natanael a ver a Jesús: “Ven y verás”. En el contacto personal, al sentirse conocido, querido y aceptado, Natanael se entregó al misterio. “Maestro, Tú eres el Hijo de Dios”.

La irradiación del Señor logró romper la barrera paralizante que obnubilaba la mente de aquel verdadero israelita. Viendo a un galileo semejante en todo a los demás, Natanael debió reconocer que también de Nazaret podía salir algo que no sólo era bueno sino que le cambiaría radicalmente su propia vida, y, dejándolo todo, lo siguió.

## 6

### “¿NO ES EL HIJO DEL CARPINTERO?”

(Mateo 13, 54)

Quisiera reflexionar esta pregunta desde el punto de vista de José.

¿Qué pensaría él al contemplar a ese niño, a ese joven que, según el evangelio, le estaba sujeto y que con razón todos consideraban su hijo? Que extraña sensación debía sentir ese hombre justo y noble que, en cierto modo, ocupaba en esta tierra el lugar del todopoderoso.

Para la gente de su entorno, Jesús era mucho más el hijo de José que el hijo de Dios; y ciertamente en ese hombre trabajador el Señor veía, con razón, la imagen misma de su Padre.

Esto nos puede ayudar a entender qué significa ser padre en nuestros días.

En esta pregunta se nos pone de manifiesto que la paternidad es mucho más que entregar la vida física. Si María quedó encinta, sin concurso del varón, porque la fuerza del Espíritu la cubrió con su sombra, Dios no quiso, sin embargo, prescindir de la presencia masculina en el complejo proceso psicológico que llevó a Jesús a compartir en todo la condición humana menos en el pecado. Dios invitó a José a asumir la responsabilidad de formar humanamente al Mesías. Por eso fue verdaderamente un padre.

Algunos pueden creer, con un grave error teológico, que Jesús no necesitó enseñanza porque era hijo de Dios. Ellos aceptan, a lo más, que José le haya enseñado a usar el serrucho y la garlopa, pero rechazan que él haya sido esencial en la formación humana, moral, religiosa y afectiva del enviado de Dios.

En José queda de manifiesto que ser padre significa mucho más que contribuir a engendrar un niño en las entrañas de una mujer. Al contemplar a este israelita, en un tiempo como el nuestro que degrada la paternidad hasta el punto de llegar a ofrecer gametos como mercancía, resulta evidente que la paternidad humana no puede limitarse a procrear hijos. Ser padre es, ante todo, una apasionante aventura espiritual.

Este hombre sencillo, humilde y noble entroncó a Jesús en la savia viva de su pueblo, le transmitió las mejores tradiciones; en él aprendió Jesús la difícil tarea de ser hombre. En José comprendió que mandar es servir, que los pobres merecen todo respeto, que la verdadera religión no era la que enseñaban los fariseos, los saduceos y los mismos maestros de la ley. Viendo cómo trataba a su madre el niño aprendió a tratar con dignidad a la mujer.

Si es cierto que el padre contribuye con el código genético, no lo es menos que con su imagen y presencia contribuye en la formación de la persona humana porque todo hombre lleva pegado en su alma como su propia identidad el ejemplo, lo que vio y experimentó en su casa.

Ser padre significa dar amor, enseñar a vivir, a hablar, a mirar, a amar, a sufrir humanamente. Es darle a un niño la andadura para que pueda enfrentar la vida.

Uno de los problemas más graves de la cultura moderna es el ocaso de la figura paternal. Existe un “despadre” cultural que genera un desmadre en el alma de mucha gente y en el conjunto de la sociedad. Cada uno vive para sí y en sí, y falta alguien que con amor nos abra a un mundo objetivo, difícil, en el que hay que saber vivir con otros amándolos, respetándolos. El verdadero padre, con amor, agranda el pequeño círculo madre-hijo, y enseña a su descendencia que en el mundo hay otras personas, que hay obligaciones, deberes, compromisos y leyes; que la vida es social. Ser padre es plasmar un espíritu.

Los contemporáneos de Jesús se preguntaban dónde podría haber aprendido las cosas que enseñaba. El mérito de José es que le enseñó a Jesús a ser más que el hijo del carpintero, permitiéndole crecer en gracia delante de Dios y de los hombres. Él le dio la formación necesaria y la libertad para cumplir la misión más importante que persona alguna haya tenido en esta tierra. Él le enseñó un modo de ser hombre que hacía patente el profundo misterio: ser en su humanidad el rostro visible del Padre de los Cielos.

Por lo anterior cabe volver la pregunta hacia nosotros. ¿En qué se nota que mis hijos son mis hijos? ¿Sólo en los rasgos físicos, en el color del pelo o de los ojos? ¿Puede limitarse la tarea del padre a transmitir la vida, enseñar una profesión o procurar el alimento para subsistir? La tarea más profunda de todo padre es ayudarle a su hijo a cumplir la misión que Dios le confió y a reflejar, como Jesús, el rostro de Dios.



Los seres humanos podemos convertirnos en fieras por alcanzar y conservar el poder. En todas las organizaciones humanas, tanto en las civiles como en las religiosas, el poder puede transformarse en una pasión que oscurece la moral y destruye la razón. No es extraño que parte importante del sufrimiento en la tierra, de las guerras, de las peleas fratricidas tenga su origen en esta lucha sin cuartel por dominar. La vida de Jesús fue marcada desde su nacimiento por esta dura realidad.

La pregunta que comentamos la formularon unos hombres venidos de Oriente que habían quedado deslumbrados por el resplandor de una estrella peregrina. Ellos buscaban a un niño y con cierta ingenuidad jamás pensaron que su interés por un recién nacido iba a provocar tanto revuelo en las esferas políticas y en los centros de poder de Jerusalén.

La pregunta de los magos llegó a oídos de Herodes quien se sobresaltó porque intuyó que su reino podía tambalear. Nos cuenta el evangelio que toda Jerusalén se conmovió con él porque nada es más amenazante que rozar, aunque sea suavemente, las estructuras del poder (1).

Los sabios y los sumos sacerdotes sabían que el Mesías, el esperado, nacería en Belén y ese hecho era inquietante porque recordaba los criterios de Dios para juzgar a quien tiene poder. Cuando el Señor decidió remover a Saúl por su mala conducta como rey, envió al profeta Samuel precisamente a Belén a buscar un sucesor entre los hijos de Jesé. Toda la descendencia de ese hombre fue pasando ante los ojos del profeta: los más grandes, los más inteligentes, los más fuertes. Pero Dios no eligió a ninguno de ellos. Prefirió a David el más pequeño que ni siquiera fue llamado por su padre porque no se le consideraba digno de ser el escogido. Él pastoreaba el ganado. A propósito de esa elección nos dice la Biblia: “La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias pero Yahvé mira el corazón” (2).

Muchos siglos después, en Belén, volvió a dar fruto la raíz de Jesé. Al nacer un niño en un pesebre se nos volvió a enseñar que el verdadero poder no radica en la fuerza ni en el dinero, y que la autoridad no viene del boato ni de los títulos que los hombres nos damos. Por ese motivo ese niño pequeño envuelto en pañales, por su sola presencia y su silencio pudo parecer amenazante porque subvertía los criterios de este mundo en un punto central de la convivencia humana. Un hombre menos preocupado de estrellas y más atento a Dios, el viejo Simeón, entendió que el niño pobre y humilde de Belén sería un verdadero signo de contradicción puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel (3).

Jesús más adelante tuvo dificultad en hacer entender que Él era rey pero no como el mundo piensa al hablar de esa dignidad. Él hubo de insistir en que quien manda debe ante todo servir y quien es el primero debe hacerse el último. Desde los sumos sacerdotes a Pilato, pasando por Herodes y por los mismos apóstoles, que tenían su ambición, todos temblaron ante este hombre libre que se abajó a sí mismo haciéndose esclavo, poniendo su poder divino al servicio del hombre (4).

No es fácil definir en qué consiste el poder y, sin embargo, él es esencial para ordenar nuestras relaciones humanas. Todos, sin excepción, manejamos una cuota de poder y no sólo el jefe, el general o el político. El enfermo intuye que sus quejidos mantienen en vela al enfermero; el maestro de escuela puede subyugar a su alumno; el portero de un edificio puede dejar esperando al visitante; el pequeño burócrata retarda el trámite al rellenar formularios sabiendo que quienes hacen la fila en ese momento dependen de él; el recién nacido intuye que sus padres son en cierto modo esclavos de su llanto. El marido tiene poder; la mamá tiene poder... los niños también lo tienen. En alguna zona de nuestros pequeños mundos todos somos en algún momento reyezuelos. Hacemos sentir lo que somos y esperamos que se nos reconozca. Es corriente hoy que uno crea que es alguien en la medida en que se levanta sobre los demás; en la medida en que uno puede mandar, disponer, sobresalir y dominar. El poder configura en buena parte el drama

---

<sup>1</sup> Mateo 2, 3.

<sup>2</sup> I Samuel 16, 7.

<sup>3</sup> Lucas 2, 34.

<sup>4</sup> Filipenses 2, 6-7.

humano, pero mirado a la distancia hay algo en ese juego que tiene un triste tono de parodia y mascarada. En la cercanía de la Navidad es bueno preguntarnos dónde está nuestro poder y cómo lo ejercitamos. ¿Estamos en condición de aceptar los criterios del rey nacido en Belén?

“¿Dónde está el rey de los judíos?” Los reyes que nacen en Belén —David y Jesús— tienen en común la humildad. Por eso al Mesías esperado lo encontraremos en Belén, como un niño pequeño envuelto en pañales junto a una mujer que puso su grandeza en hacerse esclava del Señor. En Belén encontramos el único poder que perdura: el poder de Dios que se manifiesta en los humildes de corazón y que nos convierte en mensajeros de la paz.

En la última cena se vivía un ambiente tenso. Todos habían tomado conciencia del peligro. Los discípulos, aunque simples, olían la amenaza. Era tan claro el riesgo, que habían subido a Jerusalén dispuestos a morir con Él.

La oposición a Jesús iba cerrando todos los espacios y parecía inminente el desenlace fatal.

Las enseñanzas y la personalidad del maestro habían herido tradiciones y resquebrajado una interpretación estrecha de la ley. Esas enseñanzas habían cuestionado moralmente a quienes ostentaban el poder civil y religioso de la nación. Por eso ellos buscaban su cabeza. Preferían que un hombre, aunque justo, muriera por el pueblo antes de ver amenazada la nación entera.

Cuando se rompe el mundo tradicional tiemblan las identidades. Fácilmente, entonces, se traspasan los principios morales y muchos, que son tenidos por justos, son capaces de llegar hasta cometer atrocidades para mantener sus seguridades y o privilegios. La razón de Estado y hasta las creencias religiosas son invocadas para justificar lo que no tiene justificación.

En ese ambiente enrarecido, Jesús se reunió con los suyos a celebrar la Pascua y en tales circunstancias les hizo un anuncio que complicó más las cosas. El Señor les hizo saber a los apóstoles que la línea divisoria entre el bien y el mal no estaba lejos, que no era fácil trazar su perfil porque esa línea atravesaba el grupo de los que eran más íntimos. Durante la cena les dijo que uno de ellos lo iba a traicionar. Entonces brotó la pregunta que comentamos. El Evangelio nos cuenta que los discípulos se llenaron de tristeza. En medio de la confusión y del miedo, uno tras otro, fueron formulando esta pregunta que tiene un dejo de humildad y de grandeza. “Señor, ¿acaso seré yo?” Esas palabras nos permiten descubrir que esa gente ruda había comprendido el ejemplo y la enseñanza de Jesús.

Ellos no comenzaron a dudar de los otros. Ellos no comenzaron a buscar culpables entre sus compañeros. Tuvieron la grandeza de dirigir su primera sospecha sobre ellos mismos. El maestro les había enseñado a no buscar la paja en el ojo ajeno. Por eso en esa hora dramática todos prefirieron hacerse conscientes de la propia debilidad y antes de pensar mal del prójimo le preguntaron al Maestro ¿acaso seré yo?

En la hora de la crisis, en el momento de la división, estos pobres pescadores nos enseñaron que la primera pregunta, cargada de honestidad, debe orientarse siempre hacia la propia fragilidad; que no es cristiano querer echar sobre los hombros del hermano el peso de la traición. A quienes nos gusta separar pronto el trigo de la cizaña, dividir con claridad los buenos de los malos, nos cuesta aceptar que el mal anda rondando entre nosotros y que muchas veces está enquistado en nuestro corazón.

En un país como el nuestro, cargado de tensiones, herido por historias dramáticas, traspasados de dolores, hace falta que reaccionemos como los discípulos de Jesús que con humilde honestidad, sin autoengaños, quisieron ante todo buscar la propia responsabilidad.

Distinto puede ser nuestro futuro como nación, distinta puede ser la vida en nuestras familias y en nuestro trabajo, si desviamos nuestra mirada acusadora tan fácilmente dirigida hacia los demás para pedirle al Señor que nos ayude a mirarnos a nosotros mismos para limpiar en lo más profundo nuestro propio corazón: “Señor, ¿acaso seré yo?”

La vida de Jesús llegaba a su fin. Se acercaba la fiesta más importante del calendario judío. Por mandato de Dios todos debían reunirse cada año junto a la mesa para comer el cordero pascual, símbolo de la liberación de Israel. Era el momento de recordar lo que Dios había hecho por amor al pueblo de su elección. Ese gesto sencillo y familiar era también una profecía que anunciaba el día de la gran liberación, el paso definitivo de Dios rompiendo todas las cadenas y llenando de esperanza al oprimido. Los comensales debían estar por eso con sus sandalias puestas, ceñidos con sus ropas para el viaje y listos para partir detrás de Dios. Era la Pascua: el paso del Señor.

En ese contexto y con esa historia como trasfondo, los discípulos le preguntaron al maestro: “¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?” San Lucas (5) dice, más precisamente, que Pedro y Juan, los principales apóstoles, fueron los encargados de hacer los preparativos de la cena y que fueron ellos quienes interrogaron al Maestro. El encargo hecho especialmente a estos dos discípulos indica cuán importante era para Jesús la misión de preparar la Pascua.

No sólo las personas que eligió, sino el modo como Jesús interpretó las Escrituras, nos invitan a pensar que para Él “preparar la cena de la Pascua” era algo más importante y profundo que un mero poner la mesa y acondicionar vajillas. Los judíos se habían ido aficionando cada vez más a lo exterior de los preceptos, dedicando el máximo interés a cuidar meticulosamente los ritos. El Señor, por el contrario, fue derecho al espíritu profundo de la ley. Siguiendo la enseñanza de los profetas, invitó a sus discípulos, a descubrir el sentido de los ritos, a llevar los preceptos a su más honda radicalidad, a pasar del cumplimiento exterior de los ayunos y penitencias, hasta llegar a vivir en la plenitud del corazón las exigencias de Dios.

Por eso, al pedir esa noche que sus apóstoles prepararan la cena, Jesús quería hacerlos participar en verdad en la GRAN PASCUA, en el momento central de la Historia Humana. Él quería servir esa cena a la humanidad y deseaba que los doce no sólo fuesen comensales sino que le ayudaran en la preparación. El Señor quería entregar sacramentalmente su vida, compartir su cuerpo y su sangre, enseñar que en su reino el que manda debe servir, que hay que atreverse a lavarle los pies a los demás, que hay que amar como Él amó. Sobre todo, quería abrirle a los hombres una nueva relación de intimidad con Dios, enriquecida con la promesa del Espíritu.

Han pasado los siglos y continuamos realizando el memorial de ese momento privilegiado de la vida de Jesús. También hoy Él tiene ansias de cenar la Pascua con nosotros(6) y nos pide que vayamos a preparar esa cena, a hacer los aderezos necesarios para que nos podamos reunir, entre hermanos y con Él, a compartir su cuerpo y su sangre, es decir, su total entrega. Él nos pide que seamos comensales y colaboradores. Que abramos nuestras puertas y ayudemos a otros a abrirlas.

¿Dónde tenemos que preparar hoy, la cena de Pascua? ¿Cómo tiene que ser esa preparación para que ella alcance toda su significación? ¿Qué nos pide Jesús que hagamos en nuestro tiempo, para que Él pueda reunir a sus seguidores junto a sí, entregarse a ellos y darles el mandamiento, que sigue siendo nuevo, de amar como Él amó?

Preparar la Pascua supone abrirle las puertas y acoger a Dios, estar dispuestos a partir, a soltar las ataduras, a llenarse de esperanza en el poder del Señor y a hacernos capaces de compartir lo que tenemos, hasta la propia vida.

Es extraño y simbólico que la casa donde se celebró la Cena haya sido el hogar de un hombre desconocido cuyo nombre y señas ignoramos. Por cierto esa casa no era ni el gran templo, ni el hogar de los más estrechos seguidores. Ese hombre era uno de nosotros. Allí nació una Iglesia que no excluía, que no exigía requisitos de raza, inteligencia o posición social. Tan sólo se pedía el deseo de acoger al Señor, de abrirle de par en par el corazón.

“¿Dónde quieres que te preparemos la cena?” Su respuesta es muy clara: “Mira que estoy a tu puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré a su casa, y cenaré con él y él

---

<sup>5</sup> Lucas 22, 8-9.

<sup>6</sup> Cf. Juan 13, 1.

conmigo”(7). ¿Qué sala de nuestra casa le abriremos? El desconocido le abrió una sala amplia y espaciosa (8).

10

“¿CÓMO ES QUE TU MAESTRO COME CON PUBLICANOS Y PECADORES?”

(Mateo 9, 11)

Es corriente que las diversas culturas acuñen en dichos populares ideas que todos aceptan como obvias. Así, entre nosotros, es común pensar que las amistades que tenemos revelan quienes somos. Se

---

<sup>7</sup> Apocalipsis 3, 20.

<sup>8</sup> Marcos 14, 15.

nos ha dicho desde que éramos chicos: “dime con quién andas y te diré quién eres”. No es extraño por eso que los padres se preocupen por los amigos de sus hijos y que pregunten inquietos con quién salen sus hijas.

A Jesús lo juzgaron mal por reunirse con gente mal vista en Israel. Algunos pensaron que no podía ser profeta porque se dejaba tocar por una mujer de fama muy dudosa. Otros juzgaron que no podía ser el Mesías porque departía amigablemente con los odiados publicanos cobradores de impuestos. Era un escándalo en Israel que un maestro se atreviera a entrar en la casa de esos hombres impuros para cenar con ellos. “¿Cómo es que tu maestro come con cobradores de impuestos?”

Quienes se creían justos no percibían que en ese gesto provocador se expresaba mejor que en ningún otro el rostro misericordioso de Dios. El Señor entraba en nuestra historia no para sentarse con los “buenos” sino para buscar y sanar a los que necesitaban médico porque estaban enfermos.

Han pasado los siglos y estos relatos siguen siendo una llamada de atención para nosotros que, sin merecerlo, nos creemos heredero de las promesas divinas. ¿Somos capaces de ir a buscar a los que sentimos lejanos? ¿Vamos a sentarnos a su mesa a compartir con ellos como amigos sin prepotencia ni arrogancia?

¿Qué actitud tenemos, qué palabra salvadora ofrecemos a quienes hoy trafican con la droga, a los que amparados en su poder torturan, a los que promueven una moral que prolonga las injusticias? ¿Cómo nos acercamos a los que todavía no conocen a Dios o frente a los que rechazan su mensaje? ¿Cómo nos percibe la mujer que abortó y que por eso guarda una pena en su alma? ¿Qué pasa con los separados? Estas preguntas son cruciales porque ellas hacen brillar la esencia de la misión de la Iglesia. Ahí se manifiesta el alma del Evangelio. “Yo no he venido para los justos sino para los pecadores... No tienen necesidad de médico los sanos”. No podemos olvidar que el plan, el deseo de Dios, es que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. Jesús no ocultó la verdad ni mitigó el Mensaje pero Él no lo arrojó como una piedra sobre el caído, sino como Evangelio, como noticia buena. Acercarse no significa bendecir acciones erradas sino buscar al ser humano para ofrecerle la salvación.

Israel en lugar de salir a proclamar el mensaje de Dios a los pueblos, se encerró en la autocomplacencia de ser el pueblo elegido. También nosotros como ese pueblo santo tenemos peligro de encerrarnos. ¡Qué fácil es reunirse con los que piensan como uno, con los que tienen nuestra misma moral y comparten la fe! El mundo se divide así nítidamente entre buenos y malos... y, por supuesto, quedamos siempre entre los buenos. Más grave aún es cuando imponemos nuestras preferencias políticas como cerco de la Iglesia o cuando nuestro horizonte se limita a nuestra clase social. Hemos de cuidarnos mucho de convertir nuestra comunidad, que debería ser por esencia misionera, en una comunidad sólo de amigos. Una Iglesia con estrechez de miras y encerrada no es la Iglesia de Jesús.

Mirar con simpatía a los que están alejados, acercarse a ellos, interesarse por su modo de pensar y por sus problemas, compartir sus angustias fue un modo muy propio de Jesús para revelar que Dios es un Padre misericordioso que no hace exclusiones. Aunque muchos podrán creer que andar con tales compañías significa que nos hemos alejado del redil, en verdad si hacemos eso estaremos siguiendo las huellas del Maestro. Ir a cenar con los publicanos no significa abandonar la verdad sino hacerla transparente y atractiva, y al mismo tiempo, es entender que ella nos ha sido dada como fermento de salvación.

Es común que contemplemos a Jesús en su pasión, doliéndonos de sus dolores y compadeciendo sus penas. Lo acompañamos a la distancia, como un sano cuando visita a un enfermo moribundo. En el fondo, somos incapaces de comprender que sufrimos con Él la misma condena. O mejor dicho, que Él aceptó para sí mi propia cruz.

Un hombre en el calvario vio las cosas de otro modo. No contempló desde fuera, porque también él colgaba desde una cruz vecina. Él, que era un malhechor, en ese momento trágico en que pagaba por las fechorías de su vida, se sintió compañero de Jesús. Comprendió LA CRUZ desde su cruz. Él entendió que ese inocente, condenado como él, le abría una puerta que le permitía ordenar y recomponer, hasta en sus raíces, la vida azarosa que había llevado. Él comprendió el misterio de la cercanía de Dios cuando lo vio sufrir, por causa suya, su mismo tormento. ¿Cómo habrá sido el proceso interior de ese condenado?

Seguramente él pasó de la consideración de su miseria, del miedo a la muerte inminente, de sus propios dolores, al misterio de ese hombre que colgaba a su lado, hermano en las desdichas, cercano como ningún otro. Él dejó de mirarse a sí mismo para volver sus ojos a Jesús, que lo acogía cuando todos lo habían abandonado. Él entendió el lazo indestructible entre su debilidad y el amor de un Dios cercano como nadie. Supo entonces que llegaba al final, que ya era imposible deshacer lo andado, que no podría devolver lo que robó, que no tenía tiempo para hacer nuevas cosas. Pero comprendió también en ese instante, que en un acto de confianza sin límites, en un acto de entrega, podía rehacer todo lo vivido, reordenar sus despojos abriendo para siempre el porvenir. Su vida miserable y sin destino se llenó entonces de sentido. Lejanos les parecieron su pasado y sus andanzas. Poco a poco fue asumiendo su vida a partir de la confianza que nacía... “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. El último milagro de Jesús antes de morir fue invitar a ese hombre a entregarle sus miserias, a traspasar el peso de su cruz, a la cruz donde colgaba Dios, a pasar desde su ínfima y atormentada pequeñez al Dios cercano, confiando en Él.

Puede ser difícil para nosotros subir a la cruz del Salvador, pero más fácilmente podemos subir a aquella del buen ladrón. Desde esa altura de hombre condenado podremos hablarle al Señor al oído. Todos hemos caído, todos sufrimos... sin embargo, desde nuestros dolores, desde nuestra propia cruz, como el ladrón, desde nuestras traiciones podemos volvernos al Señor y pedirle confiadamente que se acuerde de nosotros. Habiendo perdido todo apoyo podemos finalmente, en la hora decisiva, apoyarnos en Él, comprender que sufrimos la misma condena, mirarlo desde nuestra cruz, desde nuestra condición de pecadores, desentrañando su misterio de justo solidario para que Él nos asuma con todo lo que somos. Sabremos entonces que hemos entrado a una profunda comunión con el Señor, que Él ha hecho suya nuestra cruz y nosotros hemos asumido la suya; que padecemos la misma condena, y que hemos finalmente entrado con Él al paraíso.

El evangelio de Lucas nos cuenta que la familia de José, el carpintero de Nazaret, subía cada año desde la apartada Galilea hasta Jerusalén para celebrar ahí la fiesta de la Pascua. Esa pareja piadosa, tal vez no intuía por entonces, que los ritos sagrados de sacrificar corderos que ellos celebraban con tanta devoción para recordar la gesta salvadora de Dios, eran tan sólo una profecía que vendría a realizarse un día en su propio hijo. Esa peregrinación preparaba al niño para su Pascua y disponía a sus padres para el día de la entrega total.

Era costumbre subir a la ciudad santa en una larga caravana de amigos, parientes y conocidos. Esos peregrinos acudían de todas partes de la tierra formando una multitud abigarrada. Como habían llegado, terminada la fiesta, volvían a sus lugares de origen cantando salmos y comentando la experiencia vivida en la casa del Señor.

A la hora de la vuelta, en una ocasión el hijo de María y José se mezcló entre las gentes y no emprendió el regreso. Había cumplido recién sus doce años. Los padres, confiados plenamente en él, no notaron su ausencia; lo creían jugando y correteando con los otros muchachos como era su costumbre.

Podemos imaginar la angustia de esos padres al comprobar la pérdida. Deshicieron sus pasos, preguntaron, rezaron, mirando a todos lados, hasta encontrarlo nuevamente en el templo, en medio de los sabios. La madre formuló entonces la pregunta que comentamos: “¿Por qué nos has hecho esto?” Cuánto respeto, misterio, desconcierto y dolor encierran estas palabras. Tal vez más que un reproche, la pregunta de María denota el deseo de sondear los caminos de Dios. Por eso a ella, Jesús le responde con la única razón que podía dejarla satisfecha “¿No sabes que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?”

Curiosamente, muchos le hemos hecho a Dios esa misma pregunta y lo que es más extraño muchos santos y justos también la han formulado... “¿Por qué nos has hecho esto?” Ante una enfermedad incurable, ante el fracaso de un proyecto bueno, ante la muerte de un ser querido, ante una profunda depresión, ante una traición, ante nuestras debilidades, ante una Iglesia que no responde a nuestros ideales y esperanzas, nos volvemos a Dios más que con una queja, con un profundo desconcierto. ¿Por qué desapareces? ¿Por qué nos dejas solos?... “¿Por qué nos has hecho esto?” El mismo Jesús, en el momento de la Cruz, se dirigirá a su Padre con las palabras desgarradoras del salmo: “¿Por qué me has abandonado?”

Es importante captar en toda su hondura la respuesta del Señor. Qué difícil nos resulta a nosotros entender que Dios sea el foco central de toda la existencia. Hacer la voluntad de su Padre era la razón de su existir. Ni el temor, ni la fuerza, ni la ley obligaban a Jesús. Era su amor incondicional y apasionado. La vida entera de Jesús consistía en hacer realidad la misión recibida del Padre y por eso y para eso, estaba en este mundo. “¿No sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?”

María guardó con respeto en su corazón las palabras del hijo. Ella quedó en un silencio admirado ante el misterio y una vez más se dejó cubrir por la sombra del Espíritu. Ella había aceptado incondicionalmente ser la esclava del Señor, ofreciéndose entera para que en su persona se cumpliera la Palabra... y ese Hijo suyo le enseñaba ahora hasta dónde se puede amar al Padre, hasta dónde se puede vivir unido a Él. Le pareció pequeño su dolor ante la fuerza de un Dios que se entrega y comprendió una vez más, mirando a su hijo, que de verdad vale la pena ser enteramente del Señor. “Hágase en mí según tu palabra”.



Muchas veces habló Jesús de su muerte. Es parte de la ideología actual no hablar de este tema. El morir no parece estar en el horizonte de nuestros contemporáneos y por eso el tema de esta pregunta no interesa. Sin embargo el morir tiene relación estrecha con lo que uno hace en esta vida.

El Señor percibía que su doctrina hería muchos intereses. Su cercanía con los marginados, su visión de una religión que genera libertad interior, su llamado a evitar la hipocresía y el formalismo de fachada, su relación confiada y filial con Dios rompían los esquemas sobre los que se organizaba la sociedad de su tiempo. Maestros de la ley, fariseos, saduceos, esenios, sacerdotes, se sentían amenazados al oír que el reinado de Dios que ellos esperaban no pasaba por sus estrechos marcos. Un hombre sencillo y sin escuela, venido de Galilea, se atrevía a decir que el sábado era para el hombre y no lo contrario; que lo que ensucia no es lo que entra, sino lo que sale del ser humano; que los tesoros pueden ser pasto del orín y las polillas; que Dios no hace acepción de personas y que llegaría un día en que el Señor sería adorado en espíritu y en verdad, ensanchando los estrechos límites del templo de Jerusalén. Ese hombre se atrevía a decir que el Reino de Dios estaba cerca; más aun, que estaba dentro de cada uno, pero que no consistía sólo en cumplir la letra de la ley o en ayunar y menos en realizar ritos. Él agregaba que ese reino padecía violencia pero que no se alcanzaba por la espada. En ese Reino las prostitutas, los leprosos, los pecadores y los publicanos, todos los postergados, serían bienvenidos, que Dios los acogiera y sería su garante.

Jesús quería ser fiel a esa doctrina que no era suya sino recibida de su Padre (9). Él percibió, sin embargo, que enseñar esas cosas era en extremo peligroso y les dijo a sus oyentes que ellos lo querían matar. La gente extrañada, como si nada pasase. Como en el mundo de hoy tratándose de la muerte, esa gente negaba el problema, lo ocultaba o simplemente se mentía a sí misma. Por eso preguntó: “¿Quién quiere matarte?”

En este contexto vale la pena entender la enseñanza de Jesús a sus discípulos: “No temáis a quienes matan el cuerpo, temed más bien a los que matan el alma”(10). El Señor no cambió, mantuvo la integridad de su mensaje, la coherencia con su misión. Hubiese sido fácil para Él adaptarse, silenciar su doctrina o buscar un entendimiento. La conciencia de que existía un peligro le obligó a reforzar guardia. Él prefirió guardar la fidelidad a su Padre. Por eso murió, por eso su muerte tuvo sentido... y por eso mismo vive para siempre.

“¿Quién quiere matarte?” Como la gente que rodeaba a Jesús, podemos andar por este mundo sin tomar conciencia de que hay formas sutiles de darnos muerte. No nos damos cuenta de que somos acosados por todos los costados. Somos muchos los que creyéndonos vivos deambulamos por el mundo con el alma medio muerta. Sin esperanza, sin ilusiones, sin saber a dónde vamos, perdiendo las mejores energías en cosas que, a la larga, no dan vida. Es impresionante el número de gente amargada, solitaria, angustiada o deprimida. Viejos y jóvenes, sin distinción de clases, sienten oprimirseles el alma, ella se les muere y con eso un día llegará la muerte sin sentido. Existen muchos elementos de las ideologías imperantes que nos encierran en nosotros mismos. Preocupados desmesuradamente por la vida corporal, por la belleza física, por las apariencias, olvidamos las enseñanzas del Maestro sobre olvidarse de uno mismo y dar la vida. La ideología del éxito a cualquier precio, de la importancia desmesurada del dinero, de la búsqueda apasionada de los medios sin tener fines que valgan la pena, produce efectos que son peores que la muerte física. Muchos prefieren abandonar la vida precisamente porque sin darse cuenta han perdido la razón del vivir.

No podemos vivir fuera del tiempo, no podemos dejar de compartir nuestra cultura, pero no podemos permitir que ella nos arrebathe la existencia. Muchas veces les trasmitimos a nuestros hijos, les enseñamos en las escuelas, cosas que en verdad los matan. ¿Nos hemos preguntado a fondo qué cosas nos quitan el gozo más profundo de vivir? Nos preocupamos, con razón, del smog, de la higiene, de las epidemias, y desatendemos lo más importante. Nosotros que estamos hechos para la vida, que añoramos

---

<sup>9</sup> Juan 7,16

<sup>10</sup> Mateo, 10,28

la plenitud, tenemos que ser conscientes de que, tal vez sin pensarlo y deseándonos el bien, muchos quieren matarnos. No se trata de vivir atemorizados sino de volver al Evangelio que es fuente de la vida. Todos vamos a morir pero es grandioso morir después de haber vivido de verdad con proyección eterna.

Esta pregunta trágica la formuló Judas a los jefes de los sacerdotes. Él, que era uno de los doce, que había sido escogido, quería un precio por la entrega de su maestro. Treinta monedas de plata sellaron el destino del hijo de Dios entre nosotros.

Judas llegó al extremo de ponerle precio a quien lo había amado y elegido. “¿Cuánto me quieren dar y yo os lo entregaré?”

En ese momento no contó el Evangelio que había escuchado, esa buena nueva basada en el amor incondicional y gratuito de Dios gracias al cual a todos se les ofrece un lugar y una oportunidad de salvación.

La actitud de Judas debe hacernos reflexionar profundamente a cuantos estamos en el siglo veintiuno, empapados de criterios de mercado, asignando un precio a todo lo que vemos: al arte, al deporte y hasta a la vida misma.

Se ha dicho que todo tiene su precio. Nos hemos habituado a pensar que el trabajo humano es una mercancía como otras. Y aunque resulte triste, hemos llegado a creer que finalmente también las personas pueden ser compradas. En una cultura que exagera el mercado, parece confirmarse esta terrible apreciación que destruye lo más grande del hombre: su dignidad intransable. Hasta en esto Jesús ha asumido nuestra humanidad: fue tasado como una cosa más y se le puso precio.

Pero una más atenta consideración nos muestra que quien se vendió finalmente fue el propio Judas. Por treinta monedas Judas vendió sus ideales. El dinero pesó más en su alma que la lealtad, que la amistad forjada en años de convivencia. Todos sus sueños se entregaron por treinta monedas.

Cuando uno pone precio a algo, finalmente es también uno mismo quien se vende. En el caso de Judas, por un puñado de plata vendió su corazón que era aficionado al dinero<sup>11</sup>.

Ante la actitud de este apóstol traidor no podemos tirar fácilmente una piedra sin dejar de preguntarnos con honestidad total, cuál es nuestro propio comportamiento. Muchas veces nos vemos impulsados a pedir a nuestros hijos que traicionen su vocación buscando una profesión que dé más plata. A menudo se elige o se abandona un trabajo sólo teniendo en cuenta la paga que se promete y no el valor de lo que se hace, la realización humana, la solidaridad con quienes uno ha trabajado, la experiencia.

Hay modos muy sutiles de venderse: silenciar los propios puntos de vista para no caer mal; seguir las modas para sentirse aceptado.

Tener como criterio supremo el ganar dinero, termina por poner precio a la propia alma. El dinero se ha hecho norma universal que regula nuestros actos, nuestras preferencias y nuestros sacrificios. Por él podemos llegar hasta a traicionar los ideales más queridos.

Hemos llegado a confundir el valor con el precio. En nuestro lenguaje común para conocer el precio monetario de una cosa solemos preguntar: ¿cuánto vale?... olvidando que las cosas que más valen no tienen, en realidad, precio. La amistad, el amor, la fe, el sentido último de la existencia no tienen precio. Someterlos a transacción significa destruir lo más humano de lo humano.

No se trata aquí de discutir la validez de un sistema sino de insistir en la invendible dignidad del ser humano que como hijo de Dios está llamado a vivir y ejercer su libertad. Si todo tiene precio en nuestra sociedad los niños no nacidos, los enfermos incurables, los ancianos, los locos, los más débiles carecerán de un sitio entre nosotros. Y nosotros mismos terminaremos un día por perder valor en el mercado, cuando tal vez entonces seremos más ricos en humanidad.

El más profundo drama de Judas fue su dificultad para aceptar un reino que funcionaba con reglas diferentes al éxito y el dinero. Probablemente por eso se desilusionó de Jesús y salió a venderlo para apartarlo de su camino.

Tarde comprendió Judas lo que había hecho y su dolorosa muerte es un recuerdo de que el hombre es más que pan, éxito o fortuna; y que el Evangelio pobre y gratuito, difícil de entender en estos tiempos, sigue siendo el camino de la vida.

---

<sup>11</sup>Cf. Juan 12, 6

“¿QUÉ MÁS ME FALTA?”

(Pregunta del joven rico a Jesús. Mateo 19, 20)

Esta pregunta forma parte de un diálogo de Jesús con un joven. San Mateo dice que ese hombre era joven tal vez porque en la profundidad de las inquietudes que manifestaba descubrió que había algo típicamente juvenil. Se trataba de una persona correcta que había procurado cumplir los mandamientos de Dios; además tenía muchos bienes. Por este motivo la tradición lo ha llamado siempre “el joven rico”.

Su condición social y económica le aseguraba una vida tranquila. Sin embargo, no estaba contento con esa tranquilidad. Eso no le bastaba. Se ve que no estaba conforme con los estrechos límites entre los que se movía su existencia. Él añoraba la vida eterna y comprendía que no valía la pena proyectar su vida actual hasta la eternidad. Por eso ese joven rico no dudó en preguntarle a Jesús: “¿Qué más me falta?” Y esa pregunta llega con fuerza hasta nuestros oídos y quisiéramos plantearla hoy.

Ni los bienes de la tierra que poseía en abundancia, ni el mero cumplimiento de la ley eran capaces de aquietar su corazón juvenil hecho para más. Él sentía que le faltaba algo para que su vida tuviese la trascendencia tan propia de una existencia genuinamente humana. Educado para la tranquilidad que da el cumplir y el poseer, nadie le había enseñado cómo romper ese círculo estrecho que lo atrapaba. La “quietud” lo inquietaba; la “seguridad” le arrebatava el sentido del riesgo que conlleva todo progreso. Su alma tocada por la juventud estaba, paradójicamente, amenazada de vejez.

Por eso, Jesús lo invitó a la verdadera perfección que supone cambiar de raíz las perspectivas. Curiosamente a quien le faltaba algo Jesús no le dio más cosas sino que lo invitó a que dejar lo que tenía. Le pidió que lo abandonara todo y que se pusiera a caminar tras de sus pasos: “ven y sígueme”. Le propuso un ideal, una marcha que ordenara su vida y que no lo mantuviera aprisionado. Le dio horizontes y le propuso un fin. Una llamada semejante le hizo Dios a Abraham cuando lo invitó a comenzar la aventura de la fe: deja tu parentela y tu ciudad de origen y ponte a caminar tras la tierra prometida. Ahora, en cambio, no eran tierras ni cosas las que se ofrecían, no era la seguridad de una ley. Era una persona, el misterio insondable de un Hombre, y el reino que Él anunciaba. Jesús de Nazareth lo invitaba a seguir su propia humanidad, a pasar por esa puerta estrecha como único camino capaz de conducir de verdad a Dios y a la eternidad tan añorada. Sólo poniéndose en camino, dejándolo todo podría aquel joven descubrir en ese rostro humano lo invisible de Dios. En una palabra, Jesús lo invitaba a abrirse completamente a una experiencia real y viva del verdadero Dios.

La pregunta de este joven tiene una extraordinaria actualidad. Y la respuesta de Jesús tiene también hoy más vigencia que nunca. Aparentemente tenemos todo lo imaginable pero intuimos que eso no merece ser eterno. Estamos recubiertos de seguros de todo tipo, pero nos encontramos a la intemperie cuando se trata de lo más definitivo. Estamos centrados en nosotros mismos; en nuestro físico, nuestra realización, nuestra tranquilidad y eso nos encierra en un círculo de hierro. Tenemos muchas cosas pero la eternidad está muy lejos. En tales circunstancias es bueno preguntarnos como el joven del Evangelio: ¿Qué más nos falta? ¿Nos bastan las cosas que tenemos? ¿Nos satisface el tipo de trabajo, el ritmo de vida que llevamos, las cosas que hemos coleccionado con tanto sacrificio? ¿Es razonable proyectar hasta la eternidad lo que hoy somos y hacemos o nos falta algo más? Desgraciadamente carecemos del coraje para hacernos esas preguntas elementales. O mejor dicho, nos cuesta hacerle al mismo Señor esa pregunta para que Él nos revele nuestras carencias. Sólo Él puede hacernos mirar más allá de nuestros estrechos límites.

Jesús nos invitará a volver a nacer aunque seamos viejos, a adquirir un corazón peregrino guiado por la libertad del Espíritu. Nos llamará a una perfección que no consista en cumplir una ley sino en vivir, en amar, en entregar la vida a los demás, en ser como Él mismo. “Si quieres ser perfecto, deja lo que tienes... ven y sígueme”. El Espíritu Santo nos permita tener un corazón más joven que el de aquel joven que se marchó entristecido porque sólo sabía cumplir la ley y tenía muchos bienes.

En el Evangelio hay pocas escenas más profundas y tiernas que la conversación de Jesús con la mujer de Samaria que bajó a buscar agua del pozo de Jacob.

El Señor estaba muy cansado cuando la vio llegar. Con su profunda libertad interior le pidió ayuda porque tenía sed, haciendo una doble trasgresión a las costumbres de su tiempo. Entonces era

extraño que un hombre hablara con una mujer desconocida y además resultaba incomprensible que un judío le dirigiera la palabra a una samaritana<sup>12</sup>. Los dos pueblos estaban separados hacía siglos.

Jesús, opuesto a esas exclusiones sociales le pidió de beber a una mujer que era habitante de la ciudad de Siquem, entablando así un diálogo que hasta hoy nos conmueve y que reveló la profundidad de su misión.

De la sed material se pasó al agua viva y a las fuentes que brotan sin cesar hasta la eternidad. Jesús le dijo que llegarían tiempos en que tendríamos que adorar a Dios en espíritu y en verdad, rompiendo los estrechos límites que circunscribían la adoración a un templo, a unos ritos o a un pueblo. Y en ese ambiente de confianza espiritual, Jesús fue más allá: rompiendo el secreto de su mesianidad que guardaba con celo, Él se atrevió a contarle a esa mujer que era el Mesías que Israel esperaba con ansias.

Hay un hecho que hace más admirable este diálogo. Esa mujer no sólo era samaritana sino que estaba lejos de llevar una vida ejemplar. Nos puede sorprender que estas perlas de la revelación se las dijera Jesús a una mujer que no era ejemplar en su vivir. Al menos cinco maridos se le habían conocido y era claro que aquel con quien vivía no era su esposo. Por eso, sutil y engañosamente, ella decía no tener marido. Jesús sin ambigüedades pero con gran ternura le recordó su verdad. Esa verdad sin rodeos pero dicha con inmensa caridad terminó por conmover el corazón de esa mujer, convirtiéndola en heraldo de Jesús. Esas palabras directas, sin ambages, le abrieron un camino a esa mujer que llevaba una herida en su corazón. La verdad la hizo libre. La verdad acortó las distancias que separaban a judíos y samaritanos.

Nos cuenta el evangelio que la samaritana, dejado en el suelo ese cántaro que permitía sacar el agua material que iba a buscar, corrió a hasta su pueblo a decirles a los suyos que había encontrado a quien tanto esperaban.

Conmueve constatar que el motivo de su cambio profundo fue precisamente el que alguien haya podido decirle con amor todo cuanto había hecho. Más que todas las revelaciones hechas por Jesús, fue el sincero recuerdo de su vida atormentada lo que le abrió los ojos.

Para quienes buscan apasionadamente el modo de decir la verdad sin mutilarla provocando al mismo tiempo su acogida, para quienes en una sociedad pluralista andan tras caminos de dialogo y de respeto, este episodio es señero y nos indica el modo cristiano de decir la verdad sin descalificar ni excluir a las personas. Un pluralismo hecho de silencios o ambigüedades termina poniendo un muro entre los seres humanos haciendo imposible compartir lo más profundo.

La verdad del Evangelio es una verdad que salva, que acoge y que sana. Ella establece un puente entre el hombre y la mujer, entre los pueblos divididos, y permite que el pecador sienta el perdón. Por eso, desde el corazón mismo del Evangelio no tiene sentido que alguien pregunte “¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mí que soy samaritana?”... y mucho menos que alguien que se sabe pecador crea que no es digno de ver brotar desde su corazón una fuente que salta hasta la vida eterna.

## INDICE GENERAL

### PRESENTACIÓN

### PRIMERA PARTE: LAS PREGUNTAS DE JESUS

#### 1 ¿QUÉ BUSCÁIS?

---

<sup>12</sup>Cf. Jn. 4, 27: “los apóstoles al llegar se sorprendieron que estuviese hablando con una mujer” y la propia mujer se extrañó de que un judío le hablara a ella que era samaritana (v.9).

(Juan 1,38)

- 2 “¿Y TÚ QUE ERES MAESTRO EN ISRAEL NO SABES ESTAS COSAS?”  
(Juan 3, 10)
- 3 “¿QUIÉN ME TOCÓ?”  
(Lucas 8, 45)
- 4 “¿POR QUÉ HAS DUDADO?”  
(Mateo 14, 31)
- 5 “¿QUIERES SANARTE?”  
(Juan 5, 6)
- 6 “¿CUÁNTOS PANES TENÉIS?”  
(Marcos 6, 38 y 8, 5)
- 7 “¿QUIÉN ES MI MADRE Y QUIÉNES SON MIS HERMANOS?”  
(Mateo 12, 48)
- 8 “¿DÓNDE ESTÁN LOS OTROS NUEVE?”  
(Lucas 17, 11-19)
- 9 “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”  
(Lucas 18, 41)
- 10 “¿POR QUÉ ME PREGUNTAS POR LO BUENO?”  
(Mateo 19, 17)
- 11 “¿SI LA SAL PIERDE SU SABOR ¿CON QUÉ SE LA SALARÁ?”  
(Mateo 5, 13)
- 12 “¿DE QUÉ LE SIRVE AL HOMBRE GANAR EL MUNDO ENTERO SI ÉL MISMO SE  
PIERDE?”  
(Mateo 16, 26)
- 13 “¿DE QUÉ DISCUTÍAIS?”  
(Marcos 9, 33)
- 14 “¿QUIÉN SE HIZO PRÓJIMO DEL HERIDO?”  
(Lucas 10, 36)
- 15 “¿QUIÉN DICE LA GENTE QUE SOY YO?”  
(Marcos 8, 28)
- 16 “¿QUIÉN DICEN USTEDES QUE SOY YO?”  
(Mateo 16, 15)
- 17 “¿CREEN QUE HE VENIDO A TRAER PAZ A LA TIERRA?”  
(Lucas 12, 51)

- 18 “¿LO DICES POR TI MISMO O TE LO HAN DICHO OTROS DE MÍ?”  
(Juan 18, 34)
- 19 “DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”  
(Mateo 27, 46)
- 20 “MUJER, ¿POR QUÉ LLORAS?”  
(Juan 20, 15)
- 21 “¿ME AMAS?”  
(Juan 21, 17)
- 22 “¿PUEDEN USTEDES BEBER EL CÁLIZ QUE YO BEBERÉ?”  
(Mateo 20, 22)
- 23 “¿NO HAN LEÍDO LO QUE HIZO DAVID CUANDO TUVO HAMBRE?”  
(Marcos 2, 23)
- 24 “¿USTEDES TAMBIÉN QUIEREN IRSE?”  
(Juan 6, 67)
- 25 “ ¿POR QUÉ ME PEGAS?”  
(Juan 18, 23)
- 26 “¿POR QUÉ ME PREGUNTAS A MÍ?”  
(Juan 18, 21)
- 27 “¿CÓMO PODÉIS CREER VOSOTROS QUE BUSCÁIS LA GLORIA EN LOS OTROS Y QUE NO  
BUSCÁIS LA GLORIA QUE VIENE DE DIOS?”  
(Juan 5, 44)
- 28 “¿NO HABÉIS PODIDO VELAR UNA HORA CONMIGO?”  
(Mateo 26, 40)
- 29 “¿POR QUÉ ESTA GENERACIÓN PIDE UN SIGNO?”  
(Marcos 8,12)
- 30 “¿VES A ESTA MUJER?”  
(Lucas 7,40)

## SEGUNDA PARTE: PREGUNTAS DEL EVANGELIO

- 1 “¿Y TÚ VIENES A MÍ?”  
(Juan Bautista a Jesús. Mateo 3, 14)



- 2 “¿ERES TÚ EL QUE HA DE VENIR O HEMOS DE ESPERAR A OTRO?”  
(Discípulos de Juan Bautista a Jesús. Mateo 11, 3)
- 3 “MAESTRO, ¿DÓNDE VIVES?”  
(Juan 1,38)
- 4 “¿QUIÉN SERÁ ESTE DE QUIEN OIGO CONTAR TANTAS COSAS?”
- 5 “¿DE NAZARET PUEDE SALIR ALGO BUENO?”  
(Natanael a Felipe. Juan 1, 46)
- 6 “¿NO ES EL HIJO DEL CARPINTERO?”  
(Mateo 13, 54)
- 7 “¿DÓNDE ESTÁ EL REY DE LOS JUDÍOS QUE HA NACIDO?”  
(Preguntan unos magos que venían de Oriente. Mateo 2, 2)
- 8 “¿ACASO SERÉ YO?”  
(Los discípulos a Jesús. Mateo 26,22)
- 9 “¿DÓNDE QUIERES QUE TE PREPAREMOS LA CENA DE LA PASCUA?”  
(Los apóstoles a Jesús. Mateo 26, 17)
- 10 “¿CÓMO ES QUE TU MAESTRO COME CON PUBLICANOS Y PECADORES?”  
(Mateo 9, 11)
- 11 “¿ES QUE NO TEMES A DIOS, TÚ QUE SUFRES LA MISMA CONDENA?”  
(Lucas 23, 40)
- 12 “¿POR QUÉ NOS HAS HECHO ESTO?”  
(María a Jesús. Lucas 2, 48)
- 13 “¿QUIÉN QUIERE MATARTE?”  
(Juan 7, 20)
- 14 “¿CUÁNTO ME QUIEREN DAR Y YO OS LO ENTREGARÉ?”  
(Judas a los jefes de los sacerdotes. Mateo 26,15)
- 15 “¿QUÉ MÁS ME FALTA?”  
(Pregunta del joven rico a Jesús. Mateo 19, 20)
- 16 “¿CÓMO TÚ SIENDO JUDÍO ME PIDES DE BEBER A MÍ QUE SOY SAMARITANA?”  
(Juan 4, 9)